CUADERNOS historia 16

La China de Confucio

Angel Montenegro Duque



229

175 ptas



INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.
IMPRIME: MELSA.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Unicornio, ligado a la leyenda del nacimiento de Confucio, con el yin-yang sobre el lomo. Bronce chino Ming, siglo XIV, Museo Oriental de Valladolid

Indice

LA CHINA DE CONFUCIO

Por Angel Montenegro Duque
Catedrático de Historia Antigua.
Universidad de Madrid.

La China de Confucio

Angel Montenegro Duque
Catedrático de Historia Antigua.
Universidad de Madrid

LA civilización que se configura en tiempos de Confucio sobre las tierras del río Huangho, fue sin duda la más floreciente y original del devenir histórico de China y una de las más sobresalientes de toda la historia universal. No sin razón se convirtió en el ideal y fundamento de la vida china de todos los tiempos; en la estructuración política y administrativa, en la definición de las clases sociales campesinas bien diferenciadas de las clases urbanas, en el progreso de la metalurgia y el comercio, así como en el campo de las ciencias del pensamiento y de la cultura. Confucio y Lao Tzu —¿siglo VI a. C.?— son las dos figuras señeras de esta época. La riqueza de sus doctrinas filosóficas y políticas queda bien atestiguada en los libros que escribieron y en el desarrollo que de sus doctrinas realizaron sus respectivas escuelas; ambos son creadores de tesis divergentes sobre la concepción del mundo, el pensamiento y el comportamiento vital del hombre.

Pero fue sobre todos el más importante Confucio, como creador de una concepción del mundo, de una ética política y de una religiosidad y modos de vida que tenían en la tradición histórica y en los antiguos Libros de los Ritos y Ceremonias el espejo a considerar. A su vez, Lao Tzu defiende un racionalismo a ultranza y se muestra contrario a aceptar la tradición como indiscutible modelo de vida y pensamiento. El impacto de estos pensadores chinos y sus nutridas escuelas ha definido el ser chino de todos los tiempos. El propio Mao Tse Tung —Mao Zedong— advertiría reiteradamente acerca de la necesidad de respetar la historia de la antigüedad china.

Pero la importancia de la China de tiempos de Confucio radica no sólo en la grandiosidad y riqueza de las creaciones del pensamiento y de las normas de vida, o en la definición de la vida económica, social, política y administrativa. Estriba también en el hecho de que estas ideas, con escasas readaptaciones, han pervivido durante los siglos posteriores, hasta el advenimiento de la República, a comienzos del siglo XX. Fue entonces cuando los legisladores introdujeron serias modificaciones en la vida tradicional: abolición del casi dos veces milenario sistema confucionista de los exámenes para los cargos administrativos en 1905, y cuando murió el último emperador, Kuang-hsü, (1911). Esta renovación de la vida tradicional china será más marcada a partir de Mao Zedong. Afecta muy en particular a la vida familiar campesina, y minimiza la autoridad del padre, al tiempo que confiere la independencia a la mujer y a los hijos. Con todo, la resistencia que a estas innovaciones han venido oponiendo las clases campesinas delata el fuerte arraigo que los modos de vida y las creencias tradicionales tenía en ellas.

Aunque la historiografía de Confucio, y luego la de los historiadores de la dinastía Han, con Ssu-ma-Ch'ien —Si-ma-Quian— al frente, se esforzaron por dar precisión cronológica a la historia del primer milenio a. C., la verdad es que subsisten no pocas dudas respecto a sus datos. Si bien podemos aceptar con escaso margen de error aquellas cronologías que esquematizamos en el cuadro de la página 31.

La dinastía Shang

Con la dinastía Shang-Yin (¿1523-1028?) comienzan los tiempos históricos, y se crean los fundamentos de la cultura tradicional china. Sobre las tierras del valle del Huangho (Amarillo) se accede al conocimiento y difusión de la escritura, inventada hacia 1400 a. C., y de la cual han llegado a nosotros miles de testimonios de escritos sobre omóplato bovino y otros huesos, sobre caparazones de tortuga o sobre bronces rituales.

Se afianzan entonces algunas de las más tradicionales instituciones y progresos materiales de la civilización neolítica. Pero sobre todo se hace frecuente el uso del caballo y del carro de guerra con rueda radiada, y se vio extraordinariamente incrementada la utilización de metales.

Segundo departamento del infierno chino, donde se juzga a los criminales y se les condena a ser triturados. Pintura religiosa china, siglo XIV, Museo Oriental de Valladolid



El empleo de armas de bronce y del carro permitió a los Shang una gran ampliación de sus dominios y la progresiva sumisión de las poblaciones bárbaras vecinas. Brillan por su extraordinaria belleza artística y perfección técnica los vasos de bronce de esta época.

Las excavaciones realizadas en la capital del reino, Anyang, así como en Hsiaot'ung y otros importantes yacimientos de este período, delatan el crecimiento y riqueza de los centros urbanos dispersos en las tierras loésicas del valle del Huangho. Descubrimos en estas poblaciones las residencias de los príncipes gobernantes, con palacios rodeados de fuertes murallas de un metro de ancho; y también las principescas tumbas de los nobles. Las gentes más humildes habitaban en cuevas; pero los más ricos poseen viviendas de forma rectangular, cuyo prototipo ha perdurado hasta nuestros días.

Los útiles y cerámicas hallados en estas casas y palacios nos proporcionan —junto a los textos históricos posteriores— un documento vivo de los tiempos Shang. Las ciudades con sus calles alineadas, fortificadas y de viviendas más o menos ricas muestran la existencia de una clara estructuración social. El culto a los antepasados viene acreditado en las frecuentes listas genealógicas de las inscripciones. Ha aparecido la clase artesana y de trabajadores del metal que abastece a los ejércitos y procura nuevos útiles a una agricultura cada vez más rica en productos, y cada vez con mayores rendimientos. Parece que para entonces, se utiliza ya ampliamente la seda para elaborar los vestidos.

Sobresale también en estos tiempos el progreso de las canalizaciones que protegen las tierras de cultivo del valle, mientras la población agrícola se recluye durante el período de inundaciones en las pequeñas aldeas construidas sobre las laderas de los montes. Junto al bronce, la corte utilizó el jade para la elaboración de armas y útiles de mero valor simbólico. Su empleo en los rituales de palacio y en las ceremonias religiosas es claro, y tendrá continuidad en las posteriores costumbres chinas.

Hay tumbas nobiliarias sencillas, y otras verdaderamente exuberantes, con rico ajuar y servidores del rey, príncipe o poderoso, que le acompañan en la vida de ultratumba. El hallazgo de palacios y tumbas regias en cada ciudad parece sugerirnos la existencia de un rey que gobernaba sobre varias ciudades dotadas de cierta independencia. Estos príncipes de sangre real o altos cargos administrativos dirigen los cultos y el cultivo que practica una clase campesina respetada y alentada por los dirigentes nobles, con amplia comunicación entre el gobernante y el pueblo, a juzgar por lo que transmiten los textos históricos y literarios de los tiempos de Confucio.

La desaparición de la dinastía Shang tuvo lugar hacia 1122, según algunas opiniones; hacia 1028, según otros historiadores. Como en el caso de la desaparición de la dinastía Hsia —Xia— la tradición histórica china de Confucio, es atribuida al castigo divino provocado por la decadencia y depravación del último soberano y de su corte. En realidad debió de producirse por la progresiva penetración y sinización de algunos pueblos del borde septentrional, cuyos jefes terminaron por adueñarse del poder, y suplantaron al rey con un poderoso jefe del ejército.

Los tres elementos que definen la religiosidad naturalista son el cielo, el suelo y las aguas. El ciclo de la vida privada se ajusta al ciclo agrario. Ambos ciclos, el agrícola y el familiar, definen las relaciones sociales. Así, el hombre y la mujer viven separados; los amantes se ven en primavera y otoño, en pleno cambio estacional. El rey acomoda el ciclo de producción o calendario agrícola al ciclo cósmico. Viven en régimen de propiedad comunal. Pero hay tres destacados elementos sociales del Estado-Comunidad: Monarca-nobleza-pueblo; no conocen los esclavos.

El rey es elegido por el pueblo sobre la recomendación del anterior soberano. *Cuando el gran camino de la virtud era frecuentado, el jefe del Imperio no consideraba el poder soberano como un bien perteneciente a su propia familia. Antes bien, escogía como sucesor suyo al más digno y capacitado. (Ṣhih-ching* o *Shijing).*

Los colaboradores del rey constituyen un *Consejo* que forma parte de la nobleza. Toda gestión de gobierno viene presidida por un profundo sentido de respeto a la comunidad y al individuo: el espíritu democrático, que late perennemente en el alma china, tiene aquí sus antiquísimas raíces.

La nobleza se va formando muy lentamente a favor de la centralización del poder. Se nutre de los administradores que ejecutan las órdenes del rey. Parte importante de ella controla los trabajos del campo y la producción y distribución de útiles de metal y madera. Hay muchos parientes o emparentados con el rey formando parte de la clase noble; y seguramente tambien la integran algunos antiguos jefes de tribu. Estos nobles funcionarios se encargan de recoger los tributos en nombre de



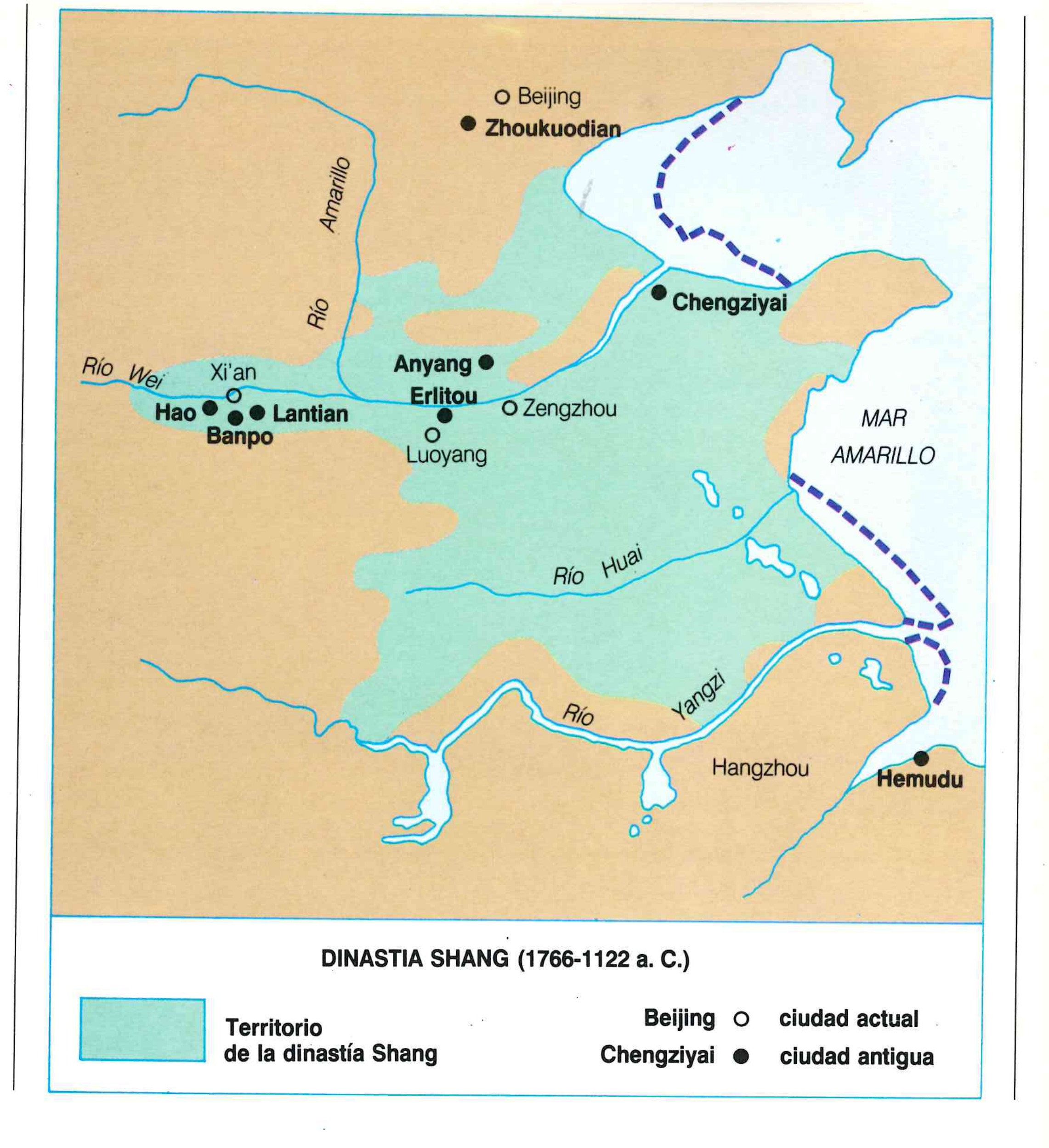
Arqueta con inscripciones, perteneciente a la dinastía Shang

y para el rey. Por eso, el monarca y los directores del trabajo agrícola o artesano del pueblo fueron acaparando los excedentes de la producción en forma de impuesto.

El pueblo trabaja en comunidad; por parejas, según recuerdan las canciones populares *(Shih-ching)*. La posesión de la tierra es comunal, no privada. Cada parcela se divide en 9 cuadros: el del centro, en beneficio del rey, es explotado por los cultivadores de los circundantes. Al final de la época, la tierra es recibida en usufructo permanente mediante el pago de un tributo. El usufructo pasa a los herederos y se define la propiedad privada. El pueblo, agricultor en primavera-verano, se hace artesano en otoño-invierno; la mujer es tejedora. En la ciudad hay artesanos y metalurgistas sujetos a las directas órdenes del rey.

La China de Confucio

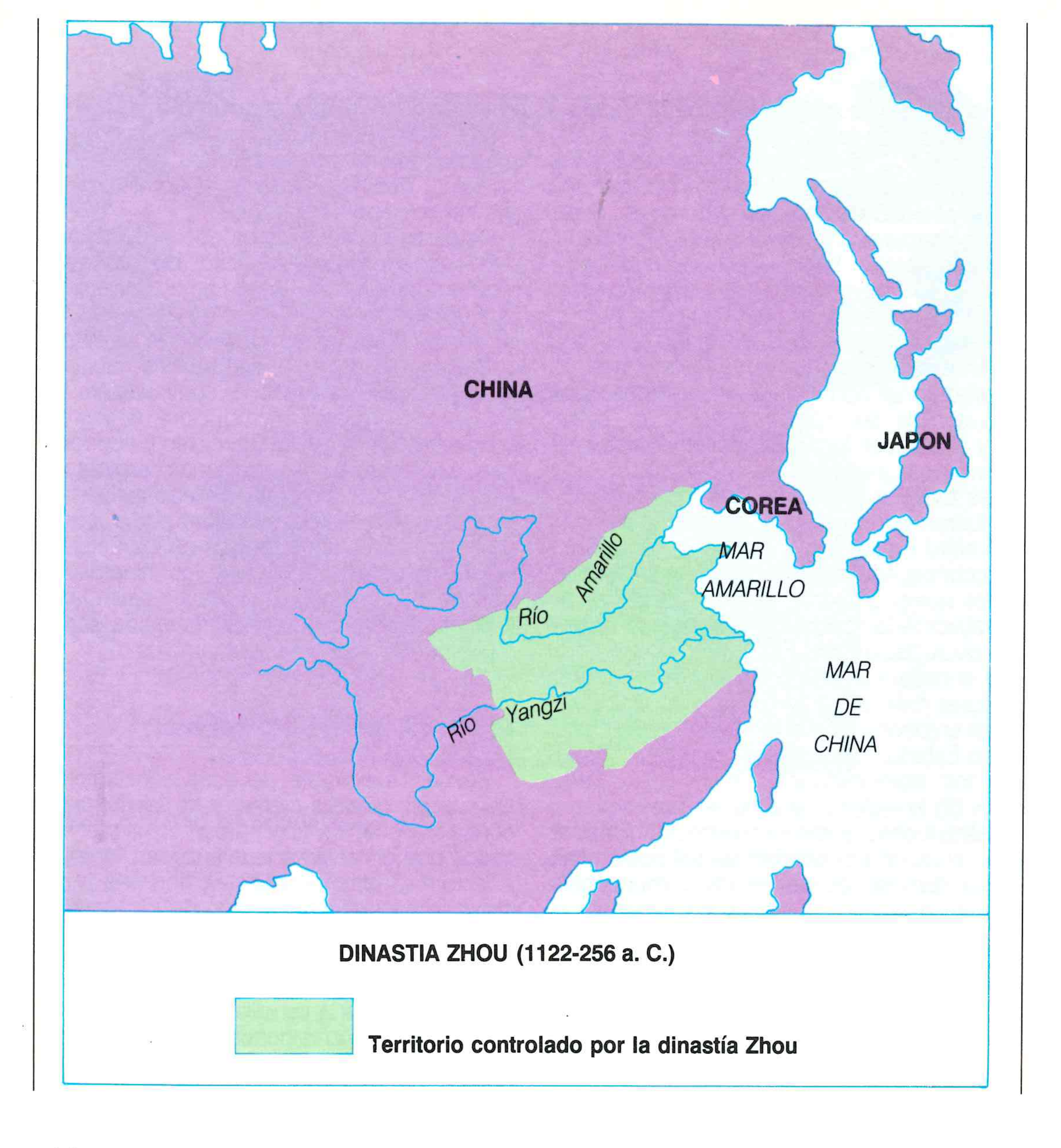
Las tierras dominadas por los Shang, se circunscribían inicialmente a la más fértil franja de terreno loésico del río Huangho, desde su desembocadura al sur de Pekín hasta el inicio



de la gran curva hacia el norte, precisamente en su confluencia con su afluente el río Wei, cuyo valle también se integra en la gran civilización de la dinastía Shang.

La dinastía *Chou —Zhou—* que sustituyó por la violencia a los Shang, estaba destinada a reinar en China durante casi un milenio (1028-221 a. C.). Ya desde la antigüedad los historiadores la dividieron en tres períodos: *Chou Occidentales* o del *Oeste* (1028-771), *Chou Orientales* o del *Este* (771-484) y período de los *Reinos Combatientes* (484-221). Los hechos políticos y modos de vida de esta época fueron detalladamente recogidos en los escritos de Confucio, que se informó y tomó sus datos de los escritos y tradiciones conservados en las distintas cortes feudales. Un nuevo sistema de administración se impuso durante el milenio en que reinó la dinastía Chou, a favor del sistema feudal que prevaleció en ese período.

Los cuatro primeros siglos del milenio anterior al cambio de era, y que precedieron a la aparición de Confucio, vieron afianzarse en China el desarrollo del vasallaje feudal. Bajo los Chou Occidentales reside la capital real en Xianyang, junto al río Wei, en las proximidades de su desembocadura sobre el río Huang-ho. Integrantes de la familia real Chou, altos jefes del ejército y algún miembro de la desposeída dinastía Shang accedieron al gobierno de numerosos distritos en concepto de vasallos. Estos príncipes, para aumentar sus do-



minios y riquezas, combatieron a los pueblos bárbaros fronterizos, entre ellos a los hunos; muchas tierras fueron incorporadas a los principados respectivos, con lo que el poder de la dinastía Chou se extendió desde la actual provincia de Kansu hasta el mar de la China y desde el sur de Mongolia hasta la cuenca del Yangzi. Todos los príncipes vasallos pagaban a la corte real un tributo en especie. Los reyes de Xianyang eran dueños directos de escasas tierras, pero mantenían por entonces, además de su prestigio y dominio teórico de todos los Estados vasallos, la presidencia de los cultos religiosos y ritos de la comunidad china. Pero el auténtico poder directo sobre tierras y gentes correspondía a los príncipes locales, y el más fuerte de estos terminó dictando su voluntad al monarca.

Por entonces, los príncipes vasallos se abstienen de incorporar las tierras de los Estados vecinos sinizados, cuando les han vencido en sus guerras fratricidas nacidas por encontradas ambiciones. Pero esta etapa de relativo prestigio y autoridad del rey de Xianyang daría paso al poder del Hegemon, que recaería en el príncipe local más fuerte en cada momento. Como consecuencia también de estas luchas entre Estados rivales o con los bárbaros de la frontera, se produjo una masiva proliferación de la esclavitud, que no se dedicó al trabajo del campo como en el Imperio Romano. También aumenta la clase artesana y

comerciante, que abastece al lujo y armamento de las cortes feudales.

En 771 a. C. la ciudad de Xianyang fue saqueada por pueblos bárbaros, al parecer con la complicidad de algunos señores feudales. Los reyes trasladaron entonces su capital a lugar más seguro, hacia el centro de la China clásica, en Luoyang. Se inicia así el período de los Chou Orientales. Pero su poder se hizo cada vez más simbólico, y situado a merced del príncipe más poderoso de turno. También se produjo un aumento del número de Estados vasallos: las crónicas mencionan veintiuno, y al parecer llegaron a contabilizarse hasta cincuenta y cinco.

Las tumultuosas luchas entre Estados rivales fueron acompañadas de decisivos cambios entre los cargos dirigentes de las respectivas cortes. Así apareció una clase culta de letrados que ocuparon influyentes cargos administrativos, y la sociedad y la economía se vieron involucradas en la búsqueda del progreso y el desarrollo que precisaban los señores feudales para el aumento de su poder. Destacan entonces, según la historiografía china, como Estados dirigidos por sendos Hegemones los demominados *Ch'i —Qi—, Sung, Chin, Ch'in —Win—,* y *Chiu —Chu—.*

Tales luchas seculares entre los Estados concluirían con el período de máximas rivalidades, llamado de los *Reinos Combatientes.* Durante esta etapa final de los reyes Chou, unos pocos Estados feudales terminarían por concentrar el poder después de asimilar o someter a los vecinos. Prevalecieron entonces *Ch'i —Qi—, Chin —Jin—, Yueh, Ch'in —Qin—, Wu, Ch'u —Chu—, Song, Chao —Zhao—.* Finalmente en el siglo III surgió, más poderoso que ninguno, el Estado de *Ch'in —Qin—,* con sus vegas muy aumentadas sobre las ricas tierras del río Wei, y con una población escasamente desgastada por las luchas civiles. Cobró especial fuerza con su organización política inspirada, no en los principios morales de Confucio, sino en las rigurosas normas de la escuela legista.

Uno tras otro fueron sucumbiendo los Estados feudales de la China clásica, y en 221 su rey, de nombre Ch'in Shih Huang-ti *—Qin Shi Huang Di—* realizó la unidad del Imperio y la división administrativa en provincias, destinada a persistir, no sin algunas crisis de unidad, hasta nuestros días. Pero, entre tanto, durante casi un milenio de constantes luchas entre Estados feudales, y de éstos con los pueblos bárbaros vecinos, China sufrió grandes conmociones políticas y se configuró una nueva estructura en la organización de los Estados. A la vez, las guerras provocaron las mayores alteraciones en todos los estratos sociales, desde la nobleza hasta el pueblo agricultor y artesano.

Actuaron movidos todos por la necesidad de disponer de sólidos ejércitos bien dotados, y de una producción de alimentos y útiles capaz de abastecer al creciente lujo de las ciudades y las cada vez más exigentes clases cortesanas que proliferaban en las capitales feudales. Estudiaremos a continuación los más notorios cambios producidos en las estructuras administrativas, sociales y económicas; el comercio y las crecientes explotaciones metalúrgicas de cobre y hierro serían factor esencial en estos cambios, por el poder que otorgaron a los príncipes de los Estados poseedores de tales yacimientos mineros. La aparición de una poderosa clase comerciante y la abundante circulación monetaria serían motores decisivos de esos cambios.

La administración central y la local

Secuela inexorable de esas constantes y enconadas guerras civiles, y de las dirigidas contra los pueblos aún bárbaros o semicivilizados que bordeaban la avanzada China del milenio a. C. bajo la dinastía Chou, fue la decisiva evolución y ampliación de los cuadros administrativos, así como la total transformación de la mentalidad y las estructuras socioeconómicas hasta entonces vigentes. China pasó de tener una sencilla organización agrícola y campesina a dotarse de un complejo sistema social y económico. Necesitaba abastecer al lujo de las cortes feudales, a sus crecientes ejércitos y a las exigencias de un pueblo que elevó considerablemente el número de habitantes y el nivel general de vida.

Las gentes ahora pululaban en abundantes aldeas y centros urbanos o semiurbanos; entregados a la vida agrícola artesana, pero con harta frecuencia llamados a las filas del ejército. Los grupos artesanos y comerciantes, al acaparar inmensas fortunas, terminaron imponiéndose como clase social. La propiedad de la tierra no reviste carácter hereditario; el agricultor y el artesano venden libremente su producción y aún la tierra a cambio de dinero, pues en esta época la circulación monetaria alcanza en China un momento de pleno apogeo. En estos aspectos se diferencia el feudalismo chino del de la Europa medieval. Por el contrario, el feudalismo chino se asemeja al



Vaso de bronce para ofrendas, fechado entre los siglos IX *y* VII *a.C. (dibujo de J. Montenegro)*

europeo en la jerarquización del poder y en las relaciones cortesanas y de vasallaje.

En la cúspide de la pirámide del poder está el rey, con sede en Xianyang, sobre el curso del río Wei. En el año 771 a. C. se trasladará la capitalidad a Luoyang, en el centro mismo de la China civilizada. Este traslado pretendía sustraer al monarca de las presiones de los príncipes vasallos del occidente chino, más bárbaros y menos considerados con las tradiciones y ritos seculares que daban al monarca el máximo prestigio y autoridad, junto con la presidencia de los ritos y cultos nacionales. Pero, en realidad, la extensión de los dominios directos del rey era reducida y su poder efectivo débil.

En sus propios dominios y en los feudos, el mando efectivo era ejercido por los ministros. Teóricamente el rey era dueño absoluto de toda la tierra de los Estados vasallos, pero cada vez con más frecuencia se le fue imponiendo la voluntad del príncipe poderoso de turno. Así, la propia sucesión de los príncipes vasallos, antes dependiente de la designación del rey, se convierte en hereditaria, cuando no es usurpada por un noble poderoso o un militar de fortuna. En la propia corte real la sucesión recae, a veces, no en el primogénito habido de la mujer principal, sino en un sobrino o yerno del rey, o en un ministro que ha conseguido hacerse a tiempo con los resortes del mando en la corte; y surge una nueva aristocracia no emanada de la consanguinidad.

Con todo, en los textos históricos clásicos, así en *Shih-ching,* se mantiene la ficción del poder del rey: *lleno de grave actividad estuvo el rey Wen y sin límite se extiende su fama. Los dones que favorecen a Chou se extienden a los sucesores del rey Wen tanto en su línea directa como en su rama colateral por cien generaciones.* Para quedar vinculados a este prestigio del rey, todos los príncipes vasallos locales pretendían tener lazos de consanguinidad con alguna rama de la familia del monarca.

La vida del soberano discurre sobre todo en su grandioso y amurallado palacio; el de Loyang repetía aumentándolo el que originariamente en Xianyang se construyeran los reyes Chou. Reparte el monarca su tiempo entre el complejo ceremonial, las asambleas y la práctica de los ritos a que le obliga tanto la vida oficial como la familiar. La mujer principal y el primogénito ocupan lujosas habitaciones, mientras otras menos nobles se destinan a las esposas secundarias. Junto al palacio existen moradas para los ministros, funcionarios, etcétera. Son partes principales del palacio real el altar destinado al culto a los antepasados,

la sala de audiencia y el cuerpo de guardia.

Al servicio directo del rey hay un primer ministro y otros tres ministros, en quienes aquél declina la directa ejecución de los servicios administrativos y de quienes recibe consejo. El poder efectivo que ejercen estos ministros les hace con frecuencia todopoderosos dentro de las competencias efectivas, como venimos señalando, a medida que avanzó la independencia y poder de los principales vasallos. Estos ministros se reparten las tareas: el de agricultura se ocupa de los cultivos, de los impuestos campesinos y ejerce la justicia. Otro organiza el ejército, los caballos, el armamento; cuida del complejo ceremonial que conlleva la vida militar; regula la complicada etiqueta que el feudalismo impuso para los entrenamientos y el propio desarrollo de la guerra. Finalmente, el tercer ministro se hace cargo de las obras públicas: canales, diques, caminos, obras en la corte. A las órdenes de cada uno de ellos toda una escala de funcionarios y militares extiende su actividad desde la corte y las ciudades administrativas hasta las últimas aldeas campesinas y artesanas. En cada Estado vasallo se repiten estos cuadros administrativos al servicio, lógicamente, de sus respectivos príncipes locales.

En cada capital de Estado vasallo, junto al príncipe y su familia, que ostentan el gobierno delegado del rey, prolifera una nobleza que repite la escala administrativa del Estado central regida por el monarca. Y si su prestigio no iguala al de la nobleza de la corte real, con mayor frecuencia la supera en riqueza y poder efectivo, ya que dispone de tierras infinitamente más extensas y con frecuencia se beneficia de la explotación de centros metalúrgicos y artesanos. Aparte todo ello de las cuantiosas riquezas que los nobles suelen acumular, combatiendo con sus bien organizados ejércitos a los pueblos bárbaros que les rodean por el norte y el sur.

Los príncipes feudales son nombrados por el rey en persona cuando se produce un fallecimiento, ya del príncipe vasallo, ya del mismo monarca. Pero, como venimos advirtiendo, pronto son estos príncipes los que dictan su voluntad al rey, quien se limita a proceder a la ceremonia de investidura. Es obligación de cada príncipe el presentarse periódicamente en la corte para ser confirmado en su cargo y recibir las órdenes del rey, participar en las justas caballerescas, en las cacerías o en los ritos y cultos comunes del reino.

Entre el rey y los príncipes vasallos no existen obligaciones concretas, pues se consideran vínculos familiares. Pero deben al monarca consejo, ayuda militar y aportaciones tributarias con que subvenir al lujo y gastos de protocolo de la corte real. Las conquistas y las divisiones de los Estados vasallos, por imposición de nobles poderosos o por simple voluntad de los príncipes, hicieron proliferar el número de feudos y subfeudos, hasta alcanzar el número ya citado de cincuenta y cinco. Luego, desde el siglo IV, las luchas por la unidad reducirían esta cifra, haciendo muy poderosos a los pocos principados subsistentes.

La idea del vasallaje llegó a dominar todas las esferas de la vida, de modo que enfeudaba y obligaba a una estricta fidelidad tras la recepción de una provincia o de un cargo: ministro, intendente, administrador de cualquiera de las distintas funciones del Estado vasallo. O también la simple aceptación de un donativo, un honor otorgado por el gobernante, o incluso la simple cohabitación con una de las concubinas del príncipe.

Las guerras, exacerbadas en el período de los Reinos Combatientes, van a dar al traste con la nobleza tradicional de sangre, que se ve sustituida por otros familiares, administradores y jefes del ejército del príncipe vencedor, quien precisa tener a su servicio servidores totalmente adictos. A estos altos cargos, y llamados por los príncipes de los Estados vasallos, accedieron a menudo hombres cultos, ricos artesanos o comerciantes y los profesionales bien preparados de la milicia.

La vida cortesana está presidida por la más rigurosa etiqueta y ceremonial, que afecta al vestir, lujoso y propio de cada acto y ceremonia, así como a los comedidos gestos y palabras. El arreglo personal en el vestir figura como ineludible obligación del vasallo, junto al preciso e impecable manejo del carro, del caballo y de las armas. Cada vasallo debe mostrar su habilidad en los torneos y cacerías que periódicamente organizan el rey y los príncipes en sus respectivos dominios, como entrenamiento de sus hombres para la guerra. El *Hegemón* de turno es el que personalmente dirige todas las ceremonias, todas las reuniones y actos que por delegación del rey se celebran en palacio o en sus dominios provinciales. En palacio, el desarrollo de las ceremonias y asambleas tiene lugar en torno al altar del *suelo*. El *Li-chi* muestra el fundamento y procedimiento de estas ceremonias y ritos, que tienen carácter sagrado.

Realmente, todo el ceremonial y la rigurosa etiqueta de palacio vienen inspirados y supeditados a la preparación y estrategia de la

Casco de bronce perteneciente al período de Primavera y Otoño, hacia el siglo VII a.C., procedente de la provincia de Liaoning



guerra. Incluso la habilidad en el discurso, el arte de convencer por la palabra, es parte importante en el aprendizaje del príncipe y de la nobleza cortesana. Por ello la elegancia, armonía y efectividad en los discursos, junto a la precisión en el manejo del arco, son las grandes pruebas en las que el noble acredita su aspiración legítima a un puesto en la administración o en el ejército.

Durante los siglos VII al III a.C., la guerra entre los Estados feudales chinos reviste aspectos contradictorios. Por una parte practican la guerra de exterminio: deportaciones, matanzas generalizadas sin distinción de clases, desde el más alto noble al más humilde campesino. Por otra, no es infrecuente que los ejércitos renuncien al combate y traten de convencer al contrario con razones y hábiles discursos, en los que ponen de relieve su prestigio y fuerza, que no desean utilizar porque conocen las desastrosas consecuencias que acarrea su empleo entre pueblos y príncipes hermanos.

Todos los esfuerzos de los Estados buscan reforzar su capacidad bélica: acumulación de alimentos, armas, carros, caballos, jefes bien preparados, cuerpos de tropa selecta y adiestrada, amén de una inmensa masa de gente de la ciudad y del campo que deben aportar al ejército del príncipe al menos un soldado por familia. Ello supone, a menudo, un quebranto económico al tener que abandonar sus oficios artesanos o el cultivo de sus tierras. Desocupados, malhechores e indigentes son también con frecuencia incorporados a la masa de infantería, mediante la concesión de amnistía y de un pequeño estímulo económico.

Los batallones se agrupan por aldeas, distritos y regiones con sus respectivos jefes, los administradores del príncipe feudal. La nobleza combate a caballo o en carros de guerra: grupos de infantería protegen los costados y frente del carro. A la cabeza de todo el ejército marcha el portaestandarte del sur con el pájaro rojo; detrás, el portaestandarte de la tortuga negra; en los flancos, el del tigre blanco del oeste, y el del dragón verde del este: es el orden cósmico avanzando. El combate se inicia a las señales convenidas con los estandartes. Es frecuente decapitar al jefe vencido como víctima propiciatoria en los subsiguientes sacrificios de acción de gracias que se realizan.

Los genocidios se hicieron cada vez más frecuentes en las luchas de anexión que sostienen los Estados más fuertes durante los siglos IV y III, de modo que a veces se cuentan por centenares de miles los muertos en el curso del combate. Y, por supuesto, las ciudades asaltadas son saqueadas y la población inmolada, desposeída y esclavizada sin piedad ni excepción. Pero a veces, como antes advertimos, la guerra se convierte en *versallesca,* y más bien los ejércitos se levantan solamente con el fin de atemorizar al contrario. Incluso, en ocasiones, no se completa la victoria persiguiendo al adversario derrotado; no se remata al enemigo que fortuitamente ha quedado en inferioridad de condiciones, ni se busca vencer por sorpresa o por artimañas. Chao Shang presta a su primo vencido sus dos mejores caballos para que huya; tampoco falta la muerte heroica del fiel vasallo que desea salvar o vengar a su jefe.

Ciudadanos y campesinos bajo el feudalismo

Atendiendo a la estimación que la opinión general les otorgaba, los comerciantes, artesanos y campesinos agrícolas ocupaban los últimos escalones de la estructura social china. A pesar de ello, el acaparamiento de dinero por parte de algunos comerciantes y artesanos les permitió no pocas veces crear latifundios, y hacerlos poderosos a costa de nobles venidos a menos y de agricultores empobrecidos por la guerra. También lo consiguieron adquiriendo tierras de las conquistadas a los pueblos bárbaros vecinos.

La movilidad social entre las clases superiores revistió en estos siglos carácter de revolución social. Así podemos comprobar que en el siglo IV a.C. la mitad de estos aristócratas carece de antecesores nobles en la familia. Estas convulsiones sociales no fueron menores en las clases populares: los progresos del comercio, el artesanado y la agricultura —con grandes canalizaciones y nuevos cultivos— abrieron nuevos caminos entre las poblaciones que sufrieron en menor grado las devastaciones de los ejércitos. Los campos y ciudades del núcleo central de las tierras chinas, desde la confluencia del río Wei con el río Huangho hasta su desembocadura, estas ricas tierras laésicas del valle, fueron campo preferido de rapiñas, expropiaciones, genocidios y esclavizaciones. El campo y las ciudades se llenaron así de indigentes y expatriados. Los filósofos aluden con tintas tenebrosas a aquel egoísmo y falta de moral y escrúpulos, que invadían todas las esferas de una sociedad a la que con su predicación trataban de reformar.

Bien dotadas y poseedoras de cargos en la administración, las familias nobles tratan de ri-



Vaso ritual de bronce de finales de la dinastía Chou, Museo de Washington (dibujo de J. Montenegro)

valizar en lujo y generosidad con sus iguales y con los demás príncipes feudales. Por de pronto, las poblaciones han mejorado sus murallas, palacios, edificios de los jefes de servicio y en general las viviendas de todos los habitantes. Pero la estructura urbanística de las ciudades es quizá uno de los aspectos peor conocidos de la vida feudal, por la fragilidad de los materiales de contrucción empleados, y por la continuidad en la ocupación de los edificios. Por los textos escritos conocemos, en cambio, con cierto detalle el régimen de vida y costumbres familiares.

Toda la actividad de las clases nobles y acaudaladas se orienta en el sentido de perpetuar con la mayor pureza y dignidad la tradición familiar y el culto a los antepasados. La poligamia y el concubinato son normales entre los grupos pudientes, en función de sus respectivas disponibilidades económicas. Pero los hombres eligen cuidadosamente su mujer principal, con la que contraen matrimonio en una solemne ceremonia. El rey posee legalmente doce mujeres, el noble nueve, y el oficial tres: nunca son parientes consanguíneas directas del marido. No todos los nacidos tienen derecho a seguir viviendo, pues hay muchos tabúes en la vida del chino: no sobreviven los trillizos, los que nacen en el mismo mes que el padre o en un período nefasto. El padre, al tercer día de su nacimiento, decide la suerte del recién nacido, y en caso

afirmativo lo toma y se lo entrega a su madre para que lo críe. El hijo primogénito nacido de la esposa principal recibe un nombre, y es objeto de una educación previamente reglada en el ceremonial familiar. El será el heredero y responsable del culto familiar a los antepasados cuando suceda al padre. Los primogénitos nobles provinciales pueden además recibir educación en el palacio real.

El padre merece todos los respetos y ostenta una autoridad omnímoda sobre todo el resto de la familia y sus propiedades. También domina las tierras o negocios a los que a veces se dedican nobles y no nobles para incrementar sus beneficios, o para allegar animales o armamento para su propio ejército. Los segundones de cada familia escogen las más diversas ocupaciones: maestros, militares al servicio del mejor postor, comerciantes, industriales en la explotación de minas o de maderas para la fabricación de útiles; pero nunca se confundirán con la plebe. A los sesenta años, el jefe de la familia cede la dirección del grupo doméstico, y desde entonces recibe especiales cuidados y atenciones de su hijo, que le considera como el representante de los antepasados familiares. El *Li-ching* es explícito al respecto: carne, alimentos selectos y licores deben mantener su salud en la vejez.

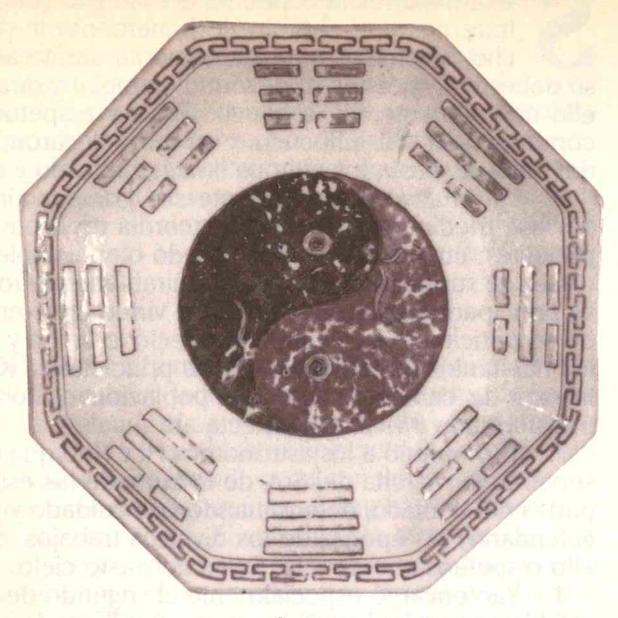
La mujer sólo es educada para su papel como esposa. Sin embargo, hay mujeres que llegan a ostentar grandes poderes e influencias como esposas principales y apoyándose en sus parientes, influyentes y poderosos, en palacio. Pero, en general entre los chinos, el menosprecio de la mujer es absoluto. He aquí unos expresivos versos del *Shih-ching: un hombre sabio construye un muro, una mujer sabia lo destruye. La mujer sabia puede ser admirable, pero no vale más que una lechuza. El desorden no desciende del Cielo, es producido por las mujeres. Los seres de los que no se puede esperar lecciones ni consejos son las mujeres y los eunucos.*

Muy otra es la vida de las gentes humildes que habitan los suburbios de la ciudad, dedicadas al artesanado o a cultivos hortícolas y agrícolas. Otros grupos de metalúrgicos se concentran en pequeños poblados a las órdenes de un negociante minero, o de un oficial del príncipe vasallo. Hay artesanos y metalúrgicos que se entregan a una actividad privada. Estas gentes humildes actúan como auxiliares en la guerra, y en ellos se ceba siempre la sed de sangre del vencedor, mientras sus pobres viviendas y sus bienes son entregados al saqueo. Además, en la guerra ellos ven requisados sus útiles, cosechas y animales. Novedad es que ahora pululan las aldeas campesinas, al calor del desarrollo de las grandes obras de canalización y regadío. Así sucede en los ríos que recorren en la parte occidental tierras del próspero y bien organizado país de Ch'in —a donde para su fortuna no llegan los ejércitos invasores— porque sus dirigentes supieron organizar las defensas sobre el cauce de los múltiples afluentes que allí tiene el Huangho; amén de contar con uno de los más potentes ejércitos que existen. También han mejorado los rendimientos porque los campesinos cultivan su propia tierra y han desaparecido las explotaciones agrícolas colectivas. La media de la unidad de cultivo es de cuarenta y cuatro áreas y con ellas, dice el *Li-ching,* pueden alimentarse entre cinco y nueve personas, según la calidad del terreno. Entregan además a la corte real o local su impuesto en especie.

Las gentes humildes no ajustan su vida al ceremonial de las clases superiores. Así, no conocen el matrimonio legal sino la unión natural, que tiene lugar antes de iniciar las faenas de siembra y las de recolección. Celebran estas uniones en medio de fiestas tradicionales que probablemente se remontan a los tiempos de las primeras dinastías. Cuando la libre cohabitación de la entrada de la primavera se traduce en una expectativa de sucesión familiar, al llegar el otoño consagran su unión en matrimonio que celebran con fiestas colectivas. El vestido y la vivienda son humildes, y no pocos aldeanos habitan cuevas situadas en las laderas de los montes.

A los profundos conocimientos de M. Granet debemos amplios análisis sobre las fiestas y costumbres campesinas. Para él, las costumbres y cultos agrarios de los tiempos feudales tienen raíces ancestrales, cuyo origen se pierde en la lejanía de las míticas dinastías chinas. Tales fiestas rompían la vida monótona y dura del agricultor en días señalados; y revestían caracteres de orgía, que filósofos como Confucio no dejaron de censurar. Rigurosas medidas imponían una absoluta separación de varones y hembras antes del matrimonio. Incluso, marido y mujer viven separados; la casa es cosa de la esposa y en ella el varón apenas entra; también el reducido mobiliario forma parte de la dote de la mujer.

La elección de la esposa reviste ciertos rasgos de endogamia dentro de la aldea; pero el matrimonio está prohibido tanto con parientes cercanos como con extranjeros. Ahora bien, en el curso de la revolución social feudal, los prejuicios de pudor sexual y de ausencia del



Porcelana china con el yin-yang y trigrama, siglo XIX, Museo oriental de Valladolid

La China de Confucio

Textos

CUADERNOS historia 16

Regla de Yao

SI examinamos la conducta del antiguo soberano, Yao, encontraremos que el título de Benemérito le pertenece de derecho. Mostrábase constantemente atento al cumplimiento de su deber, muy perspicaz, de virtud ejemplar y rara prudencia, y todo ello naturalmente, sin esfuerzo. Grave y respetuoso, sabía ceder y condescender. Su influencia y su fama llegaron hasta los confines del Imperio, hasta los últimos límites del cielo y de la Tierra.

2. Yao cultivó perfectamente sus grandes virtudes naturales, y por ese medio hizo reinar la concordia en las nueve clases de sus parientes: cuando la armonía quedó bien establecida en las nueve clases de sus parientes, reguló admirablemente todas las familias de su principado particular. Cuando la virtud brilló en todas las familias de su principado particular, estableció la unión y la concordia entre los habitantes de todos los demás principados. ¡Oh, entonces, toda la raza de cabellos negros (la población de todo el Imperio) fue transformada y vivió en perfecta armonía!

3. Yao ordenó a los astrónomos Hi y Huo que calcularan y representaran la marcha del Sol, de la Luna de las estrellas, de las doce partes del Zodiaco, determinando con cuidado y publicando (en un calendario) las épocas de los diversos trabajos, conformándose en ello respetuosamente a las leyes del vasto cielo.

4. Yao encargó especialmente al segundo de los Hi que fuera a establecerse a Lu-i en el lugar que fue llamado el Valle luminoso a fin de recibir allí con respeto al Sol saliente, y de fijar convenientemente el orden de los trabajos primaverales. Cuando el día alcanza su duración media, y cuando la constelación Niao pasa el meridiano a la puesta del Sol, es justo la mitad (el equinocio) de la primavera. Entonces los hombres se dispersan (para ocuparse en los trabajos del campo); los animales se unen para multiplicarse.

5. En segundo lugar, Yao ordenó al tercero de los Hi que se estableciese en Nan Kiao (en los límites de la Conchinchina, en el lugar que fue luego llamado la Estación brillante), que ordenase convenientemente los trabajos del verano, en el que el crecimiento de las plantas es continuo, tratando con respeto al Sol del solsticio. Cual el día alcanza su más larga duración y el Corazón del Escorpión pasa por el meridiano hacia el Sol poniente, se está justo a mediados de verano. Entonces los hombres se dispersan aún más (a causa del calor), los animales pierden poco a poco sus plumas o sus pelos para adquirir otros [...].

7. Yao ordenó también al tercero de los Huo que fuera a establecerse al norte, en el lugar que fue llamado la Estación tenebrosa, ordenando tras de maduro examen los cambios que ocasiona el invierno. Cuando el día alcanza su más corta duración y las Pléyades pasan el meridiano a la puesta del Sol, se ha llegado a la mitad justa del invierno (el solsticio de invierno). Los hombres se retiran a las habitaciones más calientes de sus casas, el plumaje de los pájaros y el pelo de los cuadrúpedos están muy suaves.

8. El emperador dijo: «Pues bien, Hi y Huo: el círculo del año es de trescientos sesenta y seis días. Por la intercalación de un mes, determinad las cuatro estaciones y completad el año. Dirigid con cuidado todos los oficios (por medio de un calendario) y todos los trabajos del año serán prósperos.»

9. El emperador dijo: «¿Quién me buscará un hombre que sepa conformarse a las estaciones, y al que convenga elevar y emplear?» Fang ts'i respondió: «Tchu, vuestro propio hijo, tiene espíritu amplio

y perspicaz.» El emperador respondió: «¡Eh! es mentiroso y pendenciero, ¿acaso puede desempeñar un empleo?».

10. El emperador dijo: «Que me busquen a un hombre que cuide las cosas con arreglo a su naturaleza: Huan-teu respondió: «¡Ah maravilla! el ministro de obras públicas acaba de rendir numerosos y señalados servicios.» El emperador respondió: «¡Eh! cuando se reposa en el consejo habla bien, más cuando se le encarga que ponga en práctica sus consejos, todo lo echa a perder; en apariencia es modesto, pero su corazón se eleva hasta el cielo.» *(CONFUCIO Y SUS DISCIPULOS: «Shu-ching» —«Shujing»— (Libro de la Historia), I, 1. Traducción de Bergua.)*

Los tributos de las provincias

SE ofrece como tributo al emperador las tres especies de metales (oro, plata y cobre), jade bello (o dos especies de jade), bambú de vara gruesa y otras delgadas, dientes de elefantes, cuero, plumas, pelo, árboles y vestidos de tela venidos de las islas. Se presenta en canastillas de tejidos de seda con flores imitando venas de conchas preciosas. Le son traídas al emperador naranjas y mandarinas en envolturas, cuando él solicita esta ofrenda. Las barcas descienden sobre el Kiang, recorren las costas del mar, entran en el Huai y el Seu, remontan el río Amarillo y se dirigen a la capital. *(CONFUCIO Y SUS DISCIPULOS: «Shu-ching» —«Shujing»— (Libro de la Historia), II, 1. Traducción de Couvreur.)*

Ritos funerarios, cortesanos y adivinatorios

QUIEN toma parte en una ofrenda o en un sacrificio debe tener miedo a mostrarse negligente.

Deben quemarse los vestidos y enterrar los instrumentos que se han utilizado para los sacrificios y las ofrendas, cuando están en mal estado. Cuando los caparazones de las tortugas y las esquirlas que se han utilizado para la adivinación están deterioradas, también se debe enterrarlas así como los animales destinados a la inmolación, si llegan a morir antes de la ceremonia.

Cualquiera que ayuda a un príncipe a hacer ofrendas, debe él mismo tomar las pequeñas tablas sobre las que él ha hecho las ofrendas.

Cuando los llantos han terminado (tres o cuatro meses después de la muerte de un padre o de una madre), se suprime, es decir, se abstiene de pronunciar o escribir su nombre. La regla no exige que se abstenga de pronunciar y escribir los nombres que tienen el mismo sonido y el mismo acento que el nombre del difunto. Si el nombre es compuesto de dos letras, se puede pronunciar y escribir cada una de ellas separadamente.

El que ha podido recibir las lecciones de su padre y de su madre las imita y se abstiene de pronunciar los nombres del padre y de la madre de su padre, que ya no existan. Quien haya perdido a sus padres desde su más tierna infancia y no haya podido recibir las lecciones ni de su padre ni de su madre puede pronunciar los nombres del padre y la madre de su padre que ya no existen.

En presencia del príncipe, un gran prefecto puede pronunciar los nombres de sus padres difuntos. En presencia de un gran prefecto, no se pronuncia los nombres que el príncipe se abstiene de pronunciar.

Leyendo el Shih-ching y Shu-ching se pronuncian todos los nombres.

Componiendo un escrito dirigido a todos los públicos, no hay que

abstenerse de escribir la letra que ha sido el nombre de un difunto sino que es necesario expresarlo claramente. En la habitación dedicada a los antepasados se puede pronunciar los nombres de los descendientes del difunto al cual se dirigen, pero no los de sus ascendientes.

Los nombres que la mujer de un príncipe debe abstenerse de pronunciar pueden ser pronunciados por un sujeto, aún en presencia del príncipe. Los nombres que una mujer debe abstenerse de pronunciar pueden ser pronunciados por cualquier otro fuera de las habitaciones particulares de esta mujer. Se puede siempre pronunciar los nombres de los parientes difuntos, de los cuales no se lleve luto mas que durante nueve meses o cinco meses.

Se debe solicitar al llegar a la frontera de un país cuáles son las leyes prohibitivas; al entrar en un principado cuáles son las costumbres particulares; al entrar en una casa qué nombres debe uno abstenerse de pronunciar.

Para los asuntos exteriores (las cazas y las guerras) se escoge un día de orden impar; para los asuntos interiores, (las ofrendas a los muertos, los matrimonios) se escoge un día de orden par.

Cuando el día a propósito del cual se consulta a la tortuga o a la esquirla de hueso no está en la década corriente del mes se dice: «Tal día alejado»; si está en la década corriente del mes se dice: «Tal día acercado». Para las ceremonias fúnebres se prefiere un día alejado, a fin de pensar largo tiempo en el difunto; para las fiestas y los regocijos se prefiere un día más próximo, al objeto de testimoniar el respeto a los invitados, en razón a su diligencia.

Se dirige a la tortuga o a la esquirla de hueso en estos términos: «Para la elección del día nosotros tenemos confianza en ti, oh venerable tortuga que sigues reglas constantes y aseguradas», «nosotros tenemos confianza en ti, oh venerable esquirla de hueso que sigues reglas constantes y aseguradas».

No se consulta a la tortuga o esquirla de hueso más de tres veces sobre el mismo tema.

No se consulta a la vez a la tortuga y a la esquirla de hueso sobre un mismo objeto. Es decir, si una de ellas ha dado signos desfavorables, hay que abstenerse de consultar a la otra para obtener signos favorables.

Se llama *pu* a la adivinación hecha por medio de un caparazón de tortuga; y *chen* a la adivinación hecha por medio de una esquirla de hueso. Consultando a la tortuga o a la esquirla de hueso y apoyándose en sus respuestas, es como los sabios soberanos de la antigüedad lograban que el pueblo tuviese confianza en la elección de las estaciones y de los días, honraron a los espíritus y observaron las leyes y las instrucciones. Y fue también este el modo de disipar las perplejidades y dudas de su pueblo y triunfar de sus vacilaciones. También se tiene la costumbre de decir: «Si en la duda habéis consultado a la esquirla de hueso o a la tortuga, ateneos a su respuesta. Si ellas os han fijado un día para un negocio, hacedlo en ese día». *(CONFUCIO Y SUS DISCIPULOS: «Li-ching» —«Lijing»— (Libro de los Ritos) I, 5. Traducción de Couvreur.)*

El duque Yin (722-712)

LA primera mujer del duque Hui de Lu había sido Meng-tzu. Habiendo muerto ésta, había sido sustituida con Sheng Tzu, que había parido al duque Yin.

El duque Wu de Sung había tenido también a Chung Tzu, quien a su nacimiento tenía escritas en su mano líneas que decían: «Será princesa de Lu». Por ello Chung Tzu había llegado a ser esposa nues-

tra. El duque Hui murió cuando ésta había dado a luz al futuro duque Huang, y así el duque Yin asumió el poder y lo tiene en vez de aquel.

En la primavera del primer año, en el primer mes de la reinante dinastía Chou, no anotó que el duque Yin subió al trono porque era regente. En el tercer mes, el duque e I-fu, en Mieh, estipularon un tratado. K'e, vizconde de Chu, no tenía la investidura imperial, por eso no se anotó el rango correspondiente, pero, para honrarle, le designó con su propio nombre, I-fu. El duque estipuló el tratado de Mieh porque, siendo regente del trono, quería instaurar relaciones amistosas con Chu.

En verano, en el cuarto mes el conde Pi (Ch'in-fu) condujo una multitud de hombres a rodear con un muro la ciudad de Lang. No lo anotó porque no fue por orden del príncipe.

Con anterioridad, el duque Wu de Cheng había tomado una mujer en el reino de Shen, llamada Wu Chiang, la cual había parido al futuro duque Chuang y a Tuan, llamado Kung-shu. El duque Chuang había venido al mundo con los pies por delante, asustando a la señora Chiang y por ello le había sido impuesto el nombre de Wusheng. Al momento ésta le había tomado odio y había volcado su amor en Tuan, el Kung-shu, al que quería hacer designar heredero. Se lo había propuesto muchas veces al duqe Wu, pero este no había consentido.

Cuando el duque Chuang subió al trono, ella solicitó en favor de su hijo menor la ciudad de Chih. «Chih es una ciudad sobre un precipicio —dijo el duque—; Shu di Kuo ha muerto allí. Le asignaré otra ciudad». *(CONFUCIO Y SUS DISCIPULOS: «Chu'un-ch'iu» —«Chunqiu»— (Anales de Primavera y Otoño, I, 1 Otoño) I, 1. Traducción Tomassini.)*

Orden familiar y orden estatal

PARA gobernar con eficacia el reino es preciso, ante todo, poner buen orden en la familia. Un hombre que no sepa dirigir a su familia, es imposible que sepa dirigir a todo un pueblo. El hijo de un príncipe debe aprender el arte de gobernar bien un reino, comportándose con rectitud en las relaciones familiares; el ejercicio de la piedad filial le enseñará a comportarse después como es debido con el soberano; el respeto fraterno le enseñará a comportarse con deferencia y respeto con las personas de mayor edad que él; su ternura con los inferiores le enseñará a tratar al pueblo con suavidad.

El Kang-kao dice: «Espontáneamente una madre besa con ternura a su hijo recién nacido; pone el mayor empeño de su alma en descubir los primeros deseos y necesidades de aquel pequeño ser; no necesita más que su amor y su inquietud para adivinar en todo momento lo que su hijo necesita, y raras veces se equivoca. No necesita haber estudiado y aprendido cómo debe alimentar y tratar a su hijo.»

Mientras exista una sola familia en la que reine la bondad y el amor, estas virtudes se difundirán por todo el reino; una sola familia que practique la cortesía y el humanitarismo bastará para que todo el reino resulte amable y humanitario. Por el contrario, si un solo hombre, el príncipe, es avaro y codicioso, la anarquía se apoderará de todo el reino. Esto es lo que significa el proverbio: «Basta una palabra para perder un negocio, un solo hombre decide la suerte de todo el Imperio.»

Yao y Chun gobernaron el Imperio con humanitarismo, y todo el pueblo era humanitario. Kie y Tcheu gobernaron sus reinos con

crueldad, y todo el pueblo era cruel; sus órdenes no eran dictadas por el amor, y el pueblo no se sometió a ellas. Sólo cuando el príncipe sea el primero en practicar las virtudes, podrá exigir a los demás que sean virtuosos. Si el príncipe no posee ni practica las virtudes, no podrá exigir que sus siervos las practiquen. Sería contrario a la naturaleza que un príncipe malo y perverso fuera capaz de lograr que los demás practicaran la virtud y se mostraran bondadosos.

De lo anterior se deduce que para gobernar con eficacia un reino es preciso, ante todo, poner buen orden en la familia.

En el Libro de las Canciones se lee:

«¡Qué hermoso y encantador es el melocotonero!
¡Cómo resplandece la vivacidad de sus abundantes hojas!
Su encanto es comparable al de una joven novia
que cuando se dirige por primera vez a casa de su prometido
sabe comportarse con rectitud y cortesía,
manteniendo en todo momento la actitud adecuada.»

Si observáis con vuestra familia la debida rectitud y cortesía, seréis capaces de gobernar un reino con eficacia.

El Libro de las Canciones dice:

«En el trato entre hermanos y hermanas de distintas edades observad todas las normas establecidas por la costumbre.»

Si os comportáis como es debido con vuestros hermanos mayores y menores, luego seréis capaces de exigir el cumplimiento de los mutuos deberes entre todos los hermanos mayores y menores de un reino.

En el Libro de las Canciones se lee:

«Si el príncipe es justo y equitativo los hombres de todo el reino imitarán sus virtudes.»

Si el príncipe cumple con sus deberes de padre, de hijo, de hermano mayor y de hermano menor, todo el pueblo le imitará en la práctica de esas virtudes.

Por todo lo dicho, puede afirmarse que, para gobernar bien un reino, es necesario establecer primero buen orden en la familia.

En este capítulo noveno del Comentario se desarrolla y explica el principio de que para gobernar con eficacia un reino, es preciso, ante todo, poner en buen orden la familia. *(CONFUCIO, «Ta-Hiue» o «Ta Hio» —«Da Xue»— (El Gran Estudio) cap. IX. Traducción de Oriol Fina Sanglas.)*

Luto por los progenitores

CONFUCIO dice: En el luto por los progenitores, el hijo fiel llora sin sollozos, exige el rito sin preocuparse de cómo aparece, habla sin florituras, no soporta los vestidos elegantes, si oye la música no goza, si come alimentos exquisitamente preparados no le gustan. Tal es el sentimiento de pesar y de su tristeza. Después de tres días toca la comida para enseñar al pueblo que los muertos no hacen daño a los vivos y que por el excesivo dolor no se destruye la vida. Este era el modo de comportarse de los hombres santos. El luto no supera los tres años, para mostrar al pueblo que debe ponerse un término. Se arregla al difunto en una caja interna con un sarcófago exterior; con el sudario, el vestido y todo se pone dentro del sarcófago. Dispuestos los vasos para el sacrificio, se da desahogo: las mujeres se golpean el pecho, mientras los hombres golpean con el pie la tierra; se llora y se pronuncian lamentos... *(CONFUCIO, «Diálogos», cap. IX, 18. Traducción de Tomassini.)*

El ejemplo de los emperadores Yao y Shun

ACTUALMENTE, los príncipes obran con recta intención y tienen fama de bondadosos, pero los pueblos no están satisfechos de su actuación; tales príncipes ni siquiera pueden servir de ejemplo a los siglos venideros, pues no igualan a los antiguos emperadores en justicia y bondad.

El gobernante debe tener presente siempre el proverbio: «No basta la recta intención para gobernar con eficacia; la ley por sí sola también carece de fuerza.»

En el Libro de las Canciones se lee: «No pecarán por exceso ni por defecto si imitan el ejemplo de los antiguos.»

Ningún príncipe se ha equivocado cuando ha respetado las leyes y ha restablecido las instituciones de los antiguos emperadores.

Los antiguos alcanzaron el límite de la perfección visual, transmitiendo a la posteridad el compás, el nivel y la plomada con los que pudieran construirse objetos redondos, cuadrados, nivelados y verticales; la perfección de estos instrumentos no ha sido todavía superada. Alcanzaron también el límite de la perfección auditiva, transmitiendo a la posteridad las seis reglas musicales que sirven para armonizar los cinco tonos; estas reglas no han podido todavía ser superadas. Alcanzaron finalmente la máxima perfección en el descubrimiento de las verdades de la inteligencia y de los sentimientos del corazón, transmitiendo a la posteridad las normas de gobierno que prohíben tratar con crueldad a los pueblos y difundieron el bien por todo el Imperio.

Nadie puede negar las siguientes verdades transmitidas por los antiguos: Si queréis levantar un edificio sólido, construid sus cimientos sobre una colina o sobre una elevada meseta; si, por el contrario, queréis construir una endeble choza, colocadla en un terreno bajo y húmedo, junto a los ríos o a los estanques. Cuando los gobernantes no imitan a los antiguos emperadores, no pueden ser tenidos por sabios y prudentes.

Sólo el hombre bondadoso y compasivo con todos es digno de sentarse en el trono. Si ocupa el trono un hombre perverso y cruel, su maldad será como una plaga que se extenderá sobre todos los súbditos.

Cuando el príncipe no se sujeta a unas normas y no practica una conducta virtuosa, tampoco el pueblo se someterá a las leyes ni obedecerá a sus superiores. Si en la corte impera el desorden, si en ella no existe disciplina, si los funcionarios no respetan las instituciones de los antiguos y actúan al margen de las mismas, y si el pueblo se rebela contra las órdenes justas, la estabilidad del reino peligra y sólo eventualmente puede mantenerse en pie entre tal anarquía. *(MENG-TZU (MENCIO) «Hia Meng», II, 1, 2 y 3. Traducción de Oriol Fina Sanglas, Barcelona.)*

Príncipes que olvidan sus deberes

ENTRE los jefes de los grandes vasallos es Huan-Kung quien fue el más poderoso. Habiendo convocado en Kuei-Khieu a los diferentes príncipes reinantes (para formar una alianza entre ellos), ató a la víctima en el lugar del sacrificio, colocó sobre ella el libro (que contenía los diferentes estatutos del pacto federal), sin pasar, no obstante, sobre los labios de los federales la sangre de la víctima.

La primera obligación estaba así concebida: «Haced morir a los hijos que carezcan de piedad filial; no quitéis la herencia al hijo legítimo para dársela a otro; no hagáis una esposa de vuestra concubina.»

La segunda obligación estaba así concebida: «Honrad a los sabios

(elevándolos a los empleos y a las dignidades); dad tratamientos a los hombres de talento y de genio; sacad a la luz del día a los hombres virtuosos.»

La tercera obligación estaba concebida así: «Respetad a los viejos; quered a los niños; no olvidéis dar hospitalidad a los huéspedes y a los viajeros.»

La cuarta obligación estaba así concebida: «Que los letrados no tengan cargos o magistraturas hereditarias; que los deberes de las diferentes funciones públicas no sean desempeñados por la misma persona. Al elegir un letrado para confiarle un empleo público, debéis preferir al que tenga más méritos; no hagáis morir valiéndoos de vuestra autoridad privada a los primeros administradores de las ciudades.» *(MENG-TZU (MENCIO) «Hia Meng VI», 7. Traducción de Bergua.)*

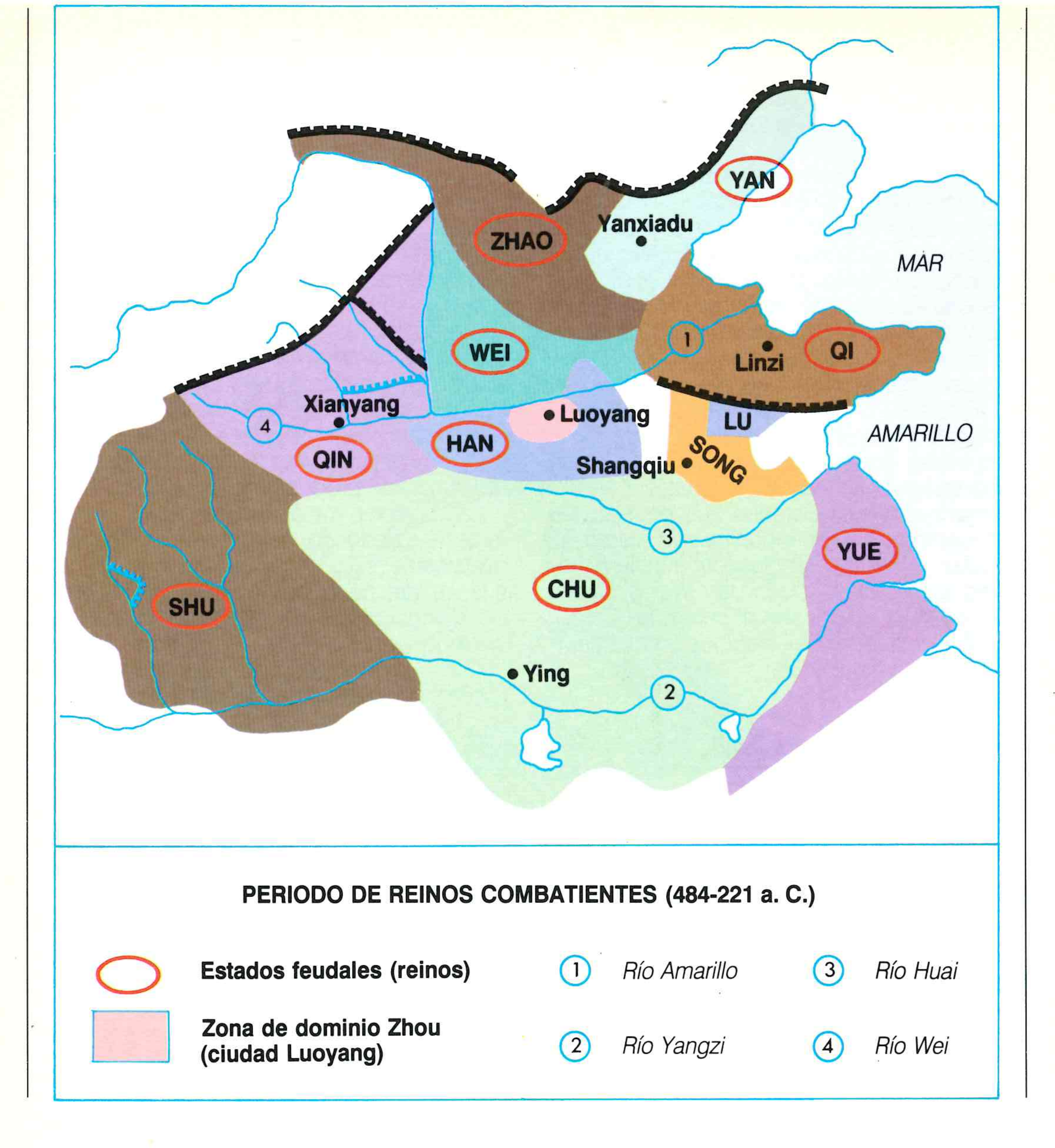
Las tres cosas preciosas

Todo el mundo dice que mi Tao es grande
pero que no parece ser semejante a ninguna otra cosa.
Apropiado porque es grande
parece que no sea semejante a nada.
Si fuese semejante a alguna cosa
le molestaría su propia mezquindad.
Yo tengo tres cosas preciosas
que me tengo bien sujetas y custodiadas:
la primera es la misericordia,
la segunda es la parsimonia,
la tercera es el no procurar ser el primero en el mundo.
Soy misericordioso y por ello puedo también ser intrépido.
Soy parsimonioso y por ello puedo también ser generoso.
No busco ser el primero en el mundo
y por eso puedo ser principio de los instrumentos perfectos.
Hoy se es intrépido abandonando la misericordia,
se es generoso despreciando la parsimonia,
se es el primero, olvidándose de posponerse.
¡Es la muerte!
Quien es misericordioso
en el guerrear es el primero
en el defender, es firme.
Aquel a quien el Cielo quiere salvar,
haciéndole misericordioso, le preserva.

No obrar ni hacer nada

Aquel que queriendo dominar el mundo
lo gobierna,
a mi parecer no lo conseguirá jamás.
El mundo es un vaso sobrenatural
que no se puede gobernar:
el que gobierna lo corrompe,
el que dirige lo desvía,
porque entre las criaturas
unas preceden y otras siguen detrás;
algunas son calientes y otras frías;
una es fuerte y otra débil;
algunas son tranquilas y otras peligrosas.
Por ello el santo
rehuye del exceso,
huye del derroche,
rehuye la ostentación.

(LAO-TZU (LAO ZI) «Tao-te-ching» —«Dao De Jing»— (Tao y su acción), cap. XXIX y ss. Traducción Tomassini.)



hombre del hogar doméstico fueron desapareciendo, y el varón fue pasando a convertirse en el miembro principal de la familia, al igual que ocurriera entre las clases humildes con residencia en las ciudades.

Los campesinos celebran especiales fiestas de unión familiar y otras que se vinculan al ciclo vegetativo de las plantas. Tienen lugar en tiempos de la recolección y con motivo del vegetativamente muerto período de la estación invernal. Para abrir y cerrar esta estación, en la que la vida se paraliza, celebran la fiesta de *El Gran Nao* y las *Pa Cha;* ambas revisten carácter dramático porque, aparentemente, triunfa la muerte. Hay también lugares sagrados, como las corrientes de los ríos, con cuyo contacto las jóvenes vírgenes se sienten fecundadas.

En suma, bajo la dinastía Chou una verdadera convulsión invade aquella sociedad, y transforma las estructuras heredadas de la dinastía Shang. Nace ahora una generalizada, aunque heterogénea a veces en sus planteamientos filosóficos, concepción cívico-religiosa que se convirtió en arquetipo de toda la estructura social individual de la China eterna. Pero los viejos modelos morales recibidos de los divinos monarcas fundadores, el culto a los antepasados, el vínculo de fidelidad a la familia y la garantía de perpetuación de ese culto familiar a través de un hijo, son conceptos básicos del ser chino, que mantuvo durante la

crisis de los Reinos Combatientes y siguió conservando en todos los momentos de su historia.

Sobre cuatro pilares se mueve el desarrollo económico de la China feudal: la difusión de la moneda y el comercio, la ampliación y selección de los cultivos agrícolas, la extensión y perfeccionamiento del regadío y, finalmente, la especialización de las industrias metalúrgicas y artesanas que abastecían al consumo de gran lujo de las clases superiores. En este proceso, naturalmente, se vieron favorecidos los Estados centrales del valle del Wei y el Huangho (Amarillo), especialmente los del último tramo costero, donde el río se diversificaba en múltiples cauces y canales. También cobraron auge los Estados que poseían salinas y montes con abundantes yacimientos de metales y centros fabriles de metalurgistas; como fuera Ch'in *(Qin),* Han Wei y Cheng, que, además, ocupaban el centro de China y lograban una más fácil distribución de sus excedentes de producción.

Economía agrícola y artesanal

Los campos cultivados más intensamente explotados por una nutrida población se hallan en los valles de los bien canalizados ríos. Aunque, de hecho, ningún rincón de las inmensas cuencas de los ríos Huangho y Yangzi estaba en estos tiempos despoblado y carente de una agricultura y una ganadería bien explotadas. Sin embargo, las clases humildes resultaban especialmente castigadas, porque sobre ellas recaían las exigencias para mantener el lujo y las guerras de los Estados feudales. Al humilde se le requisaba todo, hasta sus instrumentos de labranza, útiles y animales de labor.

Durante la dinastía Chou se fueron añadiendo nuevos cultivos a los tradicionales del mijo y trigo; ahora abunda el arroz, sorgo, calabazas, guisantes, melón, viñedo, cebolla, ajo, hierbas para condimentar. Se ha intensificado al máximo el cultivo de la morera y la cría del gusano de seda, que procura los lujosos vestidos cortesanos. Probablemente los chinos llegaron al conocimiento de muchas de estas especies gracias al inicial comercio de la seda a través de las rutas del norte del Tibet, por donde discurrirán pronto las tradicionales rutas de la seda, que pusieron en contacto al mundo chino con las elevadas civilizaciones del ámbito heleno y del Próximo Oriente. Laotzu *—Lao Zi—* parece haber sido uno de estos pioneros de los intercambios culturales y económicos.

También criaron ganado como complemento de la alimentación, pero no para el trabajo y el transporte, que fueron principalmente realizados por el hombre. Este ganado aprovecha buena parte de las plantas y hierbas que no consumía la población, logrando así su cría con escaso coste. Caballos, bueyes, ovejas, conejos, aves de corral, gatos y perros abundan en los campos cultivados. Incluso los productos de la pesca fluvial y la marítima han entrado en la dieta alimenticia de aquella nutridísima población, que debe buscar en los espacios acuáticos otras fuentes de trabajo y de obtención de productos nutritivos.

Las célebres canalizaciones efectuadas durante el Estado de Wu, que unían desde comienzos del siglo V los ríos Yangzi y Huài, eran a la vez vías de regadío, comunicación, comercio y reguladores de las inundaciones. Algo análogo llevó a cabo el Estado de Ch'in *—(Qin)—* en los ríos Lo, Huangho y Wei. Los abonos naturales, tan apreciados por el agricultor chino, ayudaron a la mejora del suelo en estos campos de cultivo intensivo. Sólo con este aumento de la producción podrían afrontar las exigencias de las cortes, cuyos impuestos crecientes abarcaban a todos los productos agrícolas y ganaderos, dejando al campesino escasos excedentes para su consumo y venta. El impuesto llegó a suponer una cuarta parte del volumen total de la producción.

Pero los impuestos en especie plantearon problemas de transporte y conservación, aparte de ser de naturaleza irregular. De ahí que los Estados explotaran sobre todo las industrias y el comercio por medio de sus ministros y oficiales. Las minas de sal, cobre y, más adelante, el hierro, generaron actividades prioritarias. El Estado de Chin y el de Ch'u *—(Chu)—* acapararon, por así decirlo, el monopolio del hierro y el cobre; fabricaban vasos, armas, herramientas, herrajes. El hierro fue pronto utilizado, desde el siglo VI a. C., pero hasta el IV los herreros no consiguieron dotar de filo cortante a las armas de guerra y útiles domésticos. Como en la agricultura, hubo cierta especialización en la producción industrial: así, Han hizo célebres sus espadas, Cheng sus sables, y Ch'i *—(Qi)—* sus vestidos de púrpura.

La necesidad de acaparar el mayor número posible de alimentos, armas y bestias para las guerras elevó al máximo la difusión del comercio y de la clase comerciante, que constituyó poderosos grupos al calor de tanto lujo



Monedas diversas del período de Primavera y Otoño de los Reinos Combatientes

y tanta guerra como conoció la China feudal. El comercio halló su mejor aliciente en la utilización de la moneda. Se admite su uso en el período Shang, con el empleo de conchas; y ya en tiempos Chou fueron sustituidas por metales nobles: oro, plata, cobre. Sin embargo, sólo a partir del siglo IV se empiezan a fijar los tipos de moneda en cada Estado feudal: *espada moneda* —Han, Chao *(Thao),* Wei, Sung, Shu—; *cuchillo moneda* —Ch'i (Qi)—; *moneda redonda,* con agujero en medio para engarzarlas —Ch'in *(Qin)*—.

Se atribuye a Shu Kung, hermano del fundador de la dinastía Chou, la organización de los mercados bajo un inspector del rey que, acompañado y señalizado por un estandarte, se situaba al este del recinto por la mañana, en el centro al mediodía y en el oeste al atardecer. Los productos se distribuían por zonas: granos, útiles, armas, sedas, ganado. El jefe fija el precio de cada producto y garantiza el orden con la ayuda de un cuerpo de policía. Cobraba impuestos por multas, contratos, arrendamientos, entradas y ventas. Tenía atribuciones para comprar los sobrantes del mercado con los que acumular productos para el Estado y distribuirlos en caso de hambre o guerra.

Mercados importantísimos fueron las capitales reales, Xianyang y Luoyang. Esta última fue mercado célebre porque ya cuando se convirtió en capital en 771 a.C., el comercio se había desarrollado al máximo. Además, ocupaba el mismo centro de la China feudal y no tomó parte en las guerras que amenazaban la paz y seguridad de las transacciones. Sin embargo, cada capital de Estado feudal procuró organizar estos mercados, fuente de distribución de los productos, y generadora de elevados ingresos para las cortes señoriales. El reino de Ch'u *(Chu)* fue especialmente favorecido por el comercio, que entonces no

contaba con vías de comunicación suficientes ni seguras, pero que, en cambio, disponía de las cómodas vías fluviales y del gran canal que unía el Huangho y el Yangzi; también estas vías favorecieron a Wu y a Yue. Más tarde, esta centralización del comercio fue secundada por la iniciativa particular que creó un grupo social de comerciantes rico y poderoso, pues traficaba en su particular beneficio.

La obra de Confucio

En la época de Confucio conoció China los más dinámicos impulsos en los campos político y cultural. Ya tradicionalmente los reyes Chou venían compensando su debilidad militar frente a sus vasallos con unos principios de prestigio de la corte real basados en el histórico reconocimiento del rey como depositario de la sabiduría del Cielo; algo que era tanto como la garantía de un cúmulo de virtudes de buen gobierno. Ahora bien, los ambiciosos vasallos más poderosos militarmente quisieron disponer no sólo de la fuerza que les procuraba su ejército, sino también de esa tradicional herencia histórica y de doctrinas del pensamiento que sirvieran de respaldo y garantía de prestigio a su ansiada y buscada hegemonía personal.

De esta forma toda la China del valle del Huangho buscó para su gobierno ministros cultos, y por doquier proliferaron escuelas de pensamiento que, con la mayor frecuencia —hay que decirlo— se expresaron en términos totalmente adversos a las ambiciones, carencia de escrúpulos y amoralidad generalizada entre los príncipes vasallos. Y, acordes con sus principios, renunciaron a ostentar los cargos administrativos que los señores feudales les ofrecían. Muchos pensadores plasmaron en escritos sus ideas y las de su escuela. De modo que de ellos, y especialmente en esta época feudal de los *Chou Orientales,* conocida también como *Período de Primavera y Otoño* (771-484), hemos recibido un inmenso y precioso legado cultural del pensamiento político y religioso. De tendencias varias, estaba destinado a constituir la base y arquetipo del ser cívico chino de todos los tiempos. Confucio, Mencio —Meng-tzu—, Hsun-tzu —Xun Zi—, Mo-tzu y Lao-tzu —Lao Zi— figuran entre esta élite de pensadores de aquellos tiempos.

De acuerdo con la opinión más habitual entre los historiadores, la vida de Confucio —K'ung Fu Tzu— (551-474) transcurre en plena coincidencia con las más enconadas luchas entre los Estados vasallos. El se encargaría de transmitirnos, no sólo los acontecimientos políticos de la historia china desde sus orígenes desconocidos, sino también una descripción detallada de las instituciones políticas, sociales, económicas y religiosas que constituían la esencia más íntima del ser, de las costumbres y del pensamiento del pueblo con el que convivió.

Confucio pudo conocer a fondo e informarnos acerca de amplias facetas de la administración, la sociedad y la economía, a través de los altos cargos administrativos que desempeñó, por sus visitas y estancias en varias capitales feudales, por sus consultas en los libros y tradiciones conservadas en estas cortes de los príncipes vasallos, y por los viajes que efectuó a lo largo y ancho de la China clásica. En sus obras plasmaría su concepción del mundo y de la vida real del pueblo chino de su tiempo; concepto y normas de vida que serán mantenidas en sus líneas esenciales hasta nuestros días.

En efecto, Confucio, según los datos biográficos que nos han transmitido los historiadores de la dinastía Han, fue el aprendiz y maestro itinerante que recopiló y comentó —*transmito, no invento*— importantes obras maestras —*Ching*— elaboradas en los tiempos inmediatamente anteriores al siglo VI en que vivió. Son las seis obras clásicas que el maestro y sus discípulos nos transmitieron comentadas, sin que podamos hoy valorar la labor original del propio Confucio en cada una de ellas: *I-ching —Yijing—* (Libro de las mutaciones), *Li-ching —Lijing—* (Libro de los Ritos), *Yo-king —Yojing—* (Libro de la Música), *Ch'un-ch'iu —Chunqiu—* (Anales de Primavera y Otoño), *Shih-ching —Shijing—* (Libro de las Canciones) y *Shu-ching —Shujing—* (Libro de la Historia). Otras obras al parecer recopiladas por Confucio y como tal estudiadas por la escuela confucionista fueron: el *Ta-Hiue* o *Ta Hio —Da Xue—* (Libro del Gran Estudio), *Chung Yung —Zhong Yong—* (Doctrina del Medio), *Lun-yü* (Comentarios filosóficos o Analectas) y *Meng-tzu* (Escritos de Mencio).

Pudo realizar Confucio esta gran obra gracias a su talento y entrega a los estudios; pues él mismo confiesa, en boca de sus historiadores, haber pasado días enteros sin comer y noches sin dormir, dedicado exclusivamente a la meditación. Entregó su juventud a los estudios, y pronto su valía le abrió las puertas de altos cargos administrativos en su Estado y ciudad natal de Lu. Ya desde entonces empezó a enseñar a sus colegas de la corte los ri-

Lao Tzu, fundador del taoísmo. Pintura religiosa china, siglo XIX, Museo Oriental de Valladolid



tos y enseñanzas históricas de la antigüedad que él había aprendido y seguramente copiado cuidadosamente y serían, con sus propios comentarios, las obras citadas transmitidas por su escuela. Sabemos que visitó Loyang, la capital del rey Chou, y allí estudió las principales tradiciones históricas, rituales y literarias que integraron la obra recopiladora e interpretativa de sus propias doctrinas cívico-sociales y religiosas.

A causa de una rebelión contra sus protectores de Lu tuvo que huir al Estado vecino de Ch'i —*Qi*—. Luego se entregaría exclusivamente a los estudios, cuando volvió a su tierra; parece que allí sus discípulos llegaron a contarse por millares, y su fama hizo que le volvieran a llamar para un más alto cargo en la administración, hacia el año 500 a.C. Cargo éste que pronto abandonó para volver a sus estudios preferidos, y viajar por los Estados de Wei, Chao —*Zhao*— Song y otros. También en ellos proliferaron los discípulos y acompañantes del maestro. Parece que visitó el Estado de Shu y de nuevo el de Wei, para volver a Lu después de 14 años y dedicar el resto de su vida a ordenar sus escritos.

Confucio es el plasmador de un profundo pensamiento humanista en el que la educación, la convicción, el conocimiento, la reflexión consigo mismo y la meditación sobre el buen ejemplo de los reyes antepasados inspiran, con la ayuda del Cielo, las normas de conducta. Se dirige al pueblo, a los administradores, a nobles príncipes gobernantes y hasta al propio rey y su familia. En este sentido están recopilados y comentados los libros de historia, ritos y aforismos, buscando una filosofía cívica y social culta, sincera, justa y equitativa. Se logrará por este medio una actuación moderada y equilibrada en las decisiones de la vida. El aprendizaje e imitación de los antiguos deben inspirar, no las leyes y la coacción violenta, sino la libre aceptación de las mejores normas de conducta moral. Y, puesto que hay que imitar del pasado las virtudes tradicionales, Confucio y sus discípulos definen el valor moral positivo o negativo de cada momento histórico, y exigen una adecuada educación para todos. La religión está ausente en esta motivación.

Según Confucio, el bienestar cívico depende de la sabiduría que el rey y los príncipes vasallos reciben del cielo, y que de ellos pasará automáticamente al pueblo. Ciencia, conocimiento de sí mismo y amor al prójimo son los fundamentos para conseguir la mejora de la sociedad. La mente de Confucio no admite la vida de ultratumba de modo expreso, si bien entiende que se debe practicar la piedad filial, el culto a los antepasados y la práctica de las virtudes ancestrales. Para él, las primeras épocas dinásticas, y no la conducta de los príncipes feudales, habían alcanzado la perfección moral y logrado una sociedad en paz, equitativa y justa.

Esta paz es condición indispensable para mantener la armonía universal y garantizar la eternidad en la vida futura. En concreto, esta armonía universal está asegurada en la tierra por la observancia de las *Cinco relaciones sociales* decretadas por el Cielo: soberano-súbdito, padre-hijo, hermano mayor-hermano menor, esposo-esposa, amigo-amigo. Mediante el cumplimiento del deber en el puesto que cada uno tiene asignado y con la meditación se conocerá el Decreto del Cielo. Por eso afirma en sus escritos que lo que puede llamarse *Sabiduría* es el cumplimiento de los respectivos deberes para con los hombres, al mismo tiempo que se reverencia a los espíritus. El hombre debe vigilar y observar buen comportamiento, sin que el éxito o fracaso de tal conducta pueda alterarlo.

Para obrar con equidad y comprender el sentido de los ritos que el hombre debe cumplir, el maestro enseña a sus discípulos a discernir el bien y el mal poniéndoles ejemplos del pasado histórico chino y del pensamiento recogido en la tradición literaria consagrada y admitida como modélica. Correlativamente enseña el perfecto discernimiento de la naturaleza de las cosas; es así como el rey, señores feudales, nobles y pueblo cumplirán sus respectivos deberes para con vasallos, hijos, antepasados, familia y prójimo en general; y toda la sociedad vivirá obediente y próspera. Su doctrina moral puede resumirse en el cultivo de dos virtudes: la humanidad y la equidad; humanidad que es equivalente de sociabilidad, altruismo, piedad filial, amor al prójimo, espíritu de sacrificio. A su vez, la equidad inspira el respeto a sí mismo y al prójimo.

Obra de los más directos e inmediatos discípulos de Confucio y seguramente sobre textos recogidos por la escuela de Confucio en sus viajes por las cortes de los príncipes feudales el *Tso-chuang,* que contiene una síntesis histórica desde el año 900 a.C., para realizar visión de conjunto de cada Estado feudal en lo que respecta a los años 722 al 450 a.C.; el *Kuo-yü, Discurso de los Principados,* historia de cada principado por separado, conti-

---

Confucio, Museo Oriental de Valladolid

孔子像

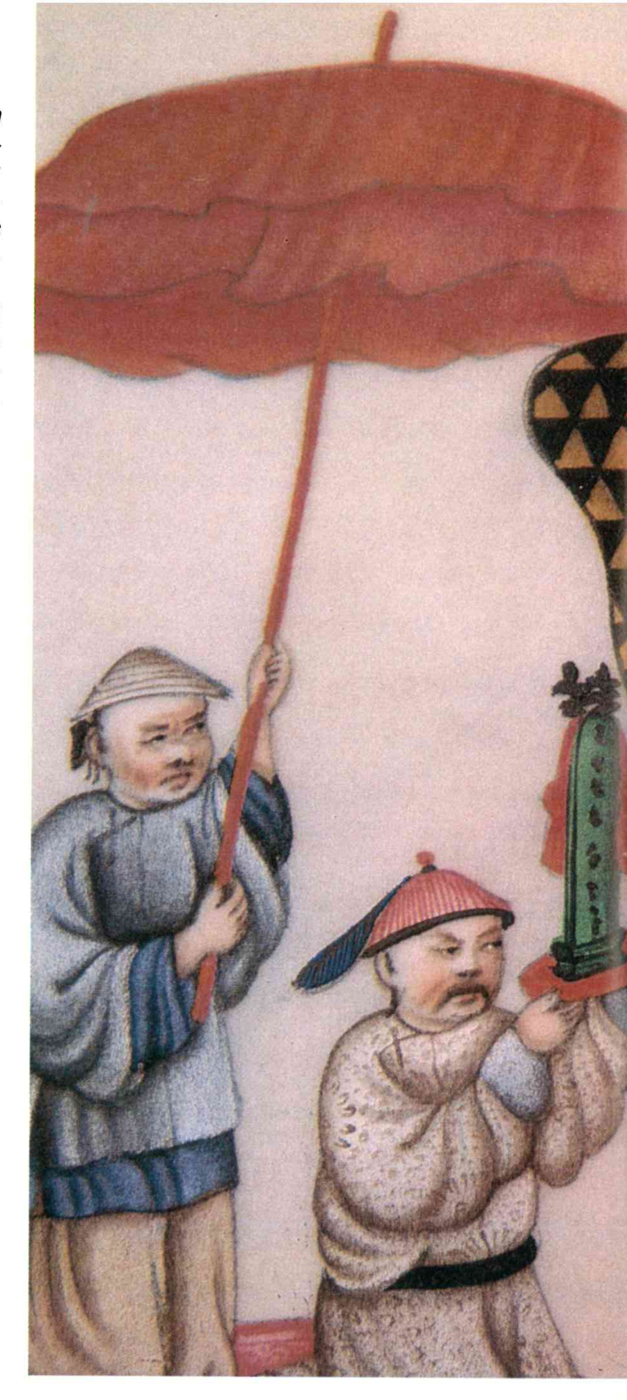
大道原自合天人



斯文久已傳中外

nuada más tarde hasta el 253 a.C.; el *Shan Kuo Tse, Discurso de los Reinos Combatientes,* que relata también hechos históricos y añade una síntesis que se extiende a los orígenes de China; finalmente el *Chou-li, Ritos de los Chou,* donde se nos ilustra especialmente acerca de la sociedad del siglo IV a.C.

Confucio no creó una religión de Estado, ni tampoco una religión privada, sino una filosofía política y social fundamentada en la ley natural, que hiciera mejores a sus conciudadanos y a los responsables del gobierno. Predicó con el ejemplo, sobre todo. Confiesa haber recibido en depósito el conocimiento de la verdad y de las normas de conducta decretadas por el cielo. De los antiguos reyes justos la sabiduría había pasado al fundador de la dinastía Chou, y luego la había heredado él mismo cuando cumplió cincuenta años, consagrada su vida al estudio del pasado. Los libros clásicos serían su herencia, así como la escuela de pensadores y predicadores que le siguieron. El hombre, que en opinión del maestro Confucio es naturalmente bueno, alcanzará la perfección mediante la educación y los estudios de estos libros clásicos. Los gobernantes, con su ejemplo y sabias normas, deben constituirse en los más importantes guías del quehacer de sus pueblos. El confucionismo se convertiría en la doctrina social de la China eterna.



Las cien escuelas filosóficas

Millares de seguidores de Confucio, los confucionistas, continuarían la predicación del maestro y ampliarían sus escritos. Destacan entre los inmediatos continuadores de sus enseñanzas Mo-tzu y Mencio. No estudiaremos aquí a otros ilustres filósofos confucionistas posteriores por exceder al límite cronológico que nos hemos señalado.

Mo-tzu, según algunos historiadores, tenía por nombre Ti, Mo Ti o Mo-tzu. Parece que no fue discípulo directo de Confucio, aunque sabemos vivió que en el siglo V a.C. Acusa en sus doctrinas el impacto de las interminables y crueles luchas de los Reinos Combatientes y la decadencia de los señores feudales que pretendían tener vínculos familiares con los viejos reyes Chou o Shang. Mo-tzu pertenecía a la clase de la oficialidad militar profesional y al servicio del mejor postor, por lo que se sintió alejado y ajeno a los ritos tradicionales en as cortes. En esto y en otros muchos aspectos su doctrina se aparta de Confucio, pues no admite la educación y la convicción como mera inspiradora de las normas de conducta cívica. Y niega los privilegios de sangre a los nobles, como depositarios de la Sabiduría del Cielo, para otorgársela genéricamente a toda la clase dirigente, incluyendo en igualdad de prestigio a los ministros y altos cargos administrativos, como a los altos oficiales del ejército. Todos ellos son los integrantes de la nueva nobleza china. Lo que no sabemos es si Mo-tzu incluía en su concepto de igualdad no sólo a la alta y



Confucio recomendaba la piedad filial y el culto de los antepasados. En esta ilustración se recoge la exaltación de la tablilla del antepasado. Papel tin sin, médula de junco, siglo XIX, Museo Oriental de Valladolid

media nobleza, sino también a los campesinos y artesanos ricos libres. Esta nueva nobleza es la que gobernará China. Pero coincide con Confucio en ver en la Antigüedad la sociedad ideal, y en proclamar el amor universal. También afirma la bondad natural del hombre en la línea del confucionismo. Con todo, advierte sobre la necesidad de corregir drásticamente los egoísmos, sin limitarse a la voluntaria convicción y buena voluntad.

Mo-tzu establece el principio de autoridad absoluta en los jefes y en el dictado de los dioses; ellos definirán lo lícito y lo ilícito, pues entiende que sólo con tal autoridad y sumisión a la ley habrá una sociedad ordenada. Y, como ulterior premio o castigo, admite la existencia de un Cielo justiciero y de unos espíri-

tus vengadores. Estos conceptos serán duramente combatidos por los legistas que oponen la ley soberana frente al déspota de poder absoluto y heredado del cielo.

También Mo-tzu sitúa el bien público por encima del privado, y así cuenta la tradición que incluso no quiso intervenir para salvar a su hijo culpable de crimen. Despreció los ritos, los largos lutos —que duraban tres años— y las manifestaciones externas de religiosidad. Amor universal al prójimo, defensa del poder soberano y eliminación de la guerra y el crimen son sus máximos ideales para la conciencia individual y social. Entre los discípulos de Mo-tzu que alcanzaron gran resonancia en China figura una escuela de técnicos, que ideaban puertas para las ciudades, catapultas, sepulcros, carros, sistemas de canalización de las aguas... Su doctrina se conserva en un libro que lleva su nombre: *Mo-tzu.*

Meng-tzu —el maestro Meng—, latinizado Mencio, vivió aproximadamente entre 371 y 289; no convivió con Confucio, pero es quien copió en toda su pureza y nos transmitió la doctrina del maestro: *Ta Hiue* o *Ta Hio —Da Xue—* (Gran Estudio), *Chung Yung —Zong Yong—* (Doctrina del Medio), *Lun Yu* (conversaciones filosóficas). Obra personal suya fue el libro que lleva su propio nombre, *Meng-tzu* (Libro de Mencio).

Aunque partía, como Confucio, de la bondad natural del hombre, admitía que la realidad de la vida acarreaba la perversión de algunos de ellos. En vista de esto propugnaba que los defectos debían corregirse con la educación. El ejemplo del rey mítico Yao, sólo preocupado por el bienestar del pueblo, era bien significativo. Como Confucio, enseña la sabiduría y el gobierno por la benevolencia. Debido a ello, combatido por los legistas, no alcanzó muchos simpatizantes entre sus contemporáneos, quienes además se veían envueltos en un mundo de ciegos egoísmos.

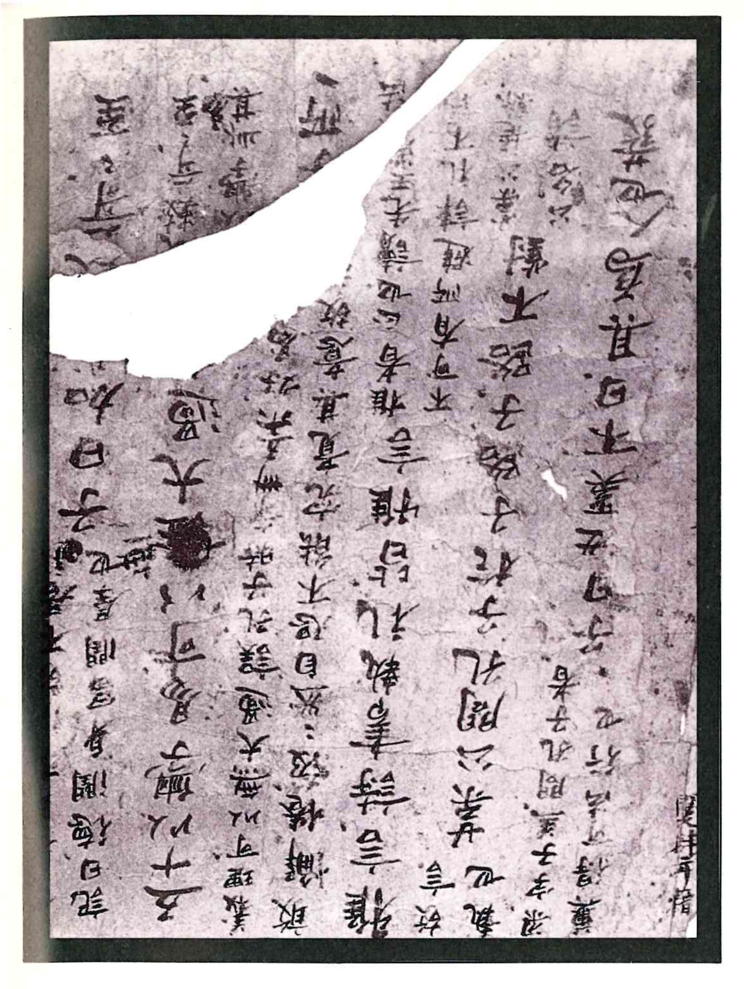
Muestra escasa originalidad, pero la fluidez del relato y la brillantez de estilo hicieron de él uno de los autores clásicos más leídos y seguidos por los confucionistas a partir de la dinastía Han. Desde entonces la teoría de Confucio y Mencio, basada en la sabiduría del gobernante y la educación de todo el pueblo, fue reconocida como fundamento de la política oficial. Entiende que pretender regir al hombre sólo mediante leyes es como el que quiere ver crecer las plantas a fuerza de tirones. Por eso es enemigo de los tiranos. Admite que en los tiempos de escasez y malas cosechas se hace más difícil educar al pueblo por la sola convicción; pero bueno será moderarle con la educación. Principios básicos que resumen su doctrina, según Lin Yutang, y expresión de sus ideas democráticas y de su nueva escala de valores sociales en las que prima el pueblo, son los siguientes:

1. Todos los hombres son iguales.
2. El pueblo es la base del Estado.
3. El pueblo debe ser juez.
4. El gobierno debe ante todo atender al bien del pueblo.
5. Procurar al pueblo medios de existencia es deber primordial del Estado.
6. El pueblo tiene derecho al justo regicidio.

En la estructuración de su mundo político-social establece que la educación debe llevar a todos la sabiduría, y enseñarles los correctos comportamientos en las relaciones señor-vasallo, padre-hijo, primogénito-hermanos menores, marido-mujer. Sólo los gobernantes técnicos y cultos deben tener acceso al poder. La educación, y no la sangre, debe decidir la elección de los ministros y gobernantes del pueblo. Ahora bien, estas teorías no agradaban ni convencían a los señores feudales que prevalecían en la China de los siglos IV y III. Es más, el emperador *Ch'in Shih Huang-ti* —Qin Shi Huang Di— hubo de apoyarse en la fuerza del ejército y en la ley para lograr la pacificación —y unificación— de aquella China de ambiente político y social sin ningún escrúpulo, y con más egoísmo que amor al prójimo.

Y —aunque las teorías de la benevolencia y de la educación del pueblo y de los gobernantes terminarían siendo aceptadas como teoría del Estado chino— hubieron de soportar la más dura crisis bajo Ch'in Shih Huang-ti. Este, aconsejado por su primer ministro, Li Ssu, sentenció a muerte a muchos de sus adversarios políticos y ordenó quemar en el año 213 a.C. todos los libros que sustentaban la doctrina de Confucio y se oponían a sus principios políticos inspirados por la escuela de los legistas. Fue una persecución pasajera, y bajo el gobierno del emperador Hsiao-Wen (179-157 a.C.) el confucionismo fue declarado doctrina oficial, y pudo reconstruirse así lo más importante de la literatura tradicional que transmitieran Confucio y su escuela.

Lao-tzu —Lao Zi— y el taoísmo. Ni el *Tao,* ni el *Yin* y *Yang* fueron conceptos ajenos a Confucio y su escuela; así le oímos decir: *qué hermoso sería aprender por la mañana lo que es el Tao, y por la tarde morir.* Son conceptos tradicionales y de la realidad cotidiana que ahondan sus raíces en el más remoto pasado. Pero



Fragmento de un Coloquio *de Confucio (papel de cáñamo, época Chamg)*

en Confucio el *Tao* tiene un valor moral, no filosófico, y son las escuelas filosóficas contemporáneas o posteriores las que sistematizarán el pensamiento taoísta, así como también la interacción de los principios vitales *Yin-Yang.*

Las teorías taoístas se desarrollan en el libro *Tao-te-ching* (Libro del Tao y de su Virtud), obra atribuida a Lao-tzu. Ahora bien, la leyenda envuelve la vida toda de Lao-tzu, y algunos incluso niegan su existencia. Es opinión corriente afirmar que nació a finales del siglo VI, hacia 604 a.C., y tras desempeñar algunos cargos viajó a Occidente. Ello explicaría el origen occidental e hindú de algunos de los conceptos del taoísmo. En todo caso, vemos que el *Tao-te-ching,* que unánimemente se le atribuye, define una nueva concepción del mundo y una nueva fundamentación del poder político y de la moral ciudadana, muy distantes del confucionismo. Esta escuela filosófica, que buscaba una nueva y eficaz respuesta a los problemas sociales chinos de los Reinos Combatientes, prevalecería sobre el confucionismo desde el siglo IV hasta el reinado de Ch'in Shih Huang-ti. Después de largos años de meditación en la soledad con sus discípulos, Lao-tzu redactó el *Tao-te-ching;* a continuación —se dice— montó sobre un buey negro y se internó en el desierto para no dejarse ver más. Por su racionalismo el fundador del taoísmo fue llamado el *Platón chino.*

Los fundamentos de la filosofía taoísta, como era de rigor en todas las escuelas de pensamiento chino, se remontan muy atrás, se avalan con las enseñanzas de un rey mítico, Huang-ti. Parte de un principio abstracto, el *Tao, fuerza, razón, camino, logos* que actúa a modo de dios creador o caos inicial preñado de inmensa fuerza, y que sólo se manifiesta en la vivencia cotidiana, sin que pueda ser definido. Sobre la imprecisión que preside la definición del concepto *Tao,* nos habla un pasaje del *Tao-te-ching: Hay un ser indeterminado y perfecto cuyo nacimiento precedió al del cielo. Es silencioso, es inmenso. Se yergue solitario e inmutable. Se desplaza por todas partes sin jamás alterarse. Se le puede considerar como la madre del mundo. Su nombre yo lo conozco, le llamo Tao.* Es, por tanto, unas filosofía imprecisa de la naturaleza. Con todo, algún filósofo taoísta trató de definir sus doctrinas en los siglos IV y III, como lo hiciera Chuang-tzu, que escribió un tratado con su nombre.

Lao-tzu entiende la vida y la muerte como parte de un proceso cíclico. Esto y la concepción mágica de la creación del mundo hacen emparentar su doctrina con la brahmánica del más antiguo mundo hindú. A su vez, la vida de eterno retorno reforzaba la práctica más arraigada en China de la piedad filial y el culto a los antepasados.

Los taoístas buscaban ante todo la armonía de la naturaleza y el retorno a un mundo ideal primitivo y sencillo. Rechazaban toda ambición y vida de lujo. No se puede negar que el taoísmo concede un importante papel a la magia, pero tampoco se puede olvidar que la magia, el poder sobrehumano del *Tao,* adviene sólo cuando el asceta ha llegado al trance del éxtasis que exigía una disciplina del cuerpo —el *yo-*

guin de la India— y una técnica de la respiración. Ambas facilitarían la concentración espiritual y el franqueo de las fronteras del espacio y el tiempo, dando paso a la acción del *Tao* sobre los seres y las cosas. Expresamente, Chuang-tzu desprecia a los hechiceros vulgares. El estado místico deseable exige, pues, una profunda ascesis y un progresivo esfuerzo de purificación interior. Así, escribe Chuang-tzu: *Huang-ti perdió su Perla negra. Envío a la Ciencia a buscarla y no la encontró; envío a la Discriminación a buscarla y no la encontró; envió a la Discusión a encontrarla y tampoco la encontró. Finalmente envío a la Intuición a buscarla y la Intuición la encontró.*

La intuición emana, en efecto, del éxtasis taoísta para lograr el éxito de la acción, el *Tao.* El asceta debe vaciarse de todo conocimiento para poder alcanzar el absoluto que es el *Tao.*

Han sido muy diversas las valoraciones que los críticos de la historia y del pensamiento han hecho sobre el auténtico carácter del taoísmo. Según algunos, Lao-tzu elabora una doctrina metafísica y mística; para otros, sólo abre camino a la magia y al naturalismo; una opinión ecléctica admite que los taoístas han buscado un fundamento racional para la concepción de la sabiduría. Además, el taoísmo, como el confucionismo y todas las escuelas filosóficas chinas, busca en el Cielo y los reyes míticos el apoyo espiritual de sus teorías. Y todos tienen en común la búsqueda del bien de la colectividad china, subordinando siempre el bien individual al bien general.

Por ello exigen la más absoluta solidaridad de cada persona en las tareas de la sociedad, sin dar prioridad a sus logros personales. En suma, el *Tao* es la *madre del mundo* y el antepasado de todos los seres; es el impulso, la fuerza vital invisible e intocable que, cumpliendo ciega e imparablemente su destino, se impone irresistible al hombre y al orden cósmico. De ahí que para ellos la vida y la muerte sean una pura ilusión sin base real alguna. Como en el brahmanismo, obrar es malo y la instrucción y educación son nocivas porque no hacen más que fomentar los deseos y el no hacer es el máximo ideal a lograr por el hombre, dejando a la naturaleza y a la espontaneidad libre camino.

Quizá lo más trascendental y permanente en la vida intelectual china fue la sistematización que los taoístas hicieron de la concepción del mundo. Tal sistematización se realiza a partir del siglo IV, pero su incorporación y arraigo en la conciencia popular china se pierden en los mismos orígenes históricos de su civilización. Así, dice un pasaje del *Ch'un-ch'iu —Anales de Primavera y Otoño—* referido al eclipse del año 719 a.C.: *Los antiguos conocían bien la causa de los eclipses; sin embargo, los consideraban nefastos, porque de ningún modo es conveniente que la luna, que representa el principio hembra Yin, oculte al sol que representa el principio macho Yang.*

En términos filosóficos, *Yin* y *Yang* son conceptos abstractos que sirven para designar los principios básicos que actúan en la realidad vital. Expresan, pues, una concepción del mundo y de la vida. El *Yin* representa la humedad, lo impar, la sombra, el valle, el frío, el invierno, lo femenino, lo pasivo. El *Yang* es el principio activo, lo masculino, la luz, la fuerza, la montaña, el verano, el calor. Ambos elementos se complementan y de su interacción surge el *Tao,* como unidad organizada y creadora de las cosas reales. Ahora bien, *Yin* y *Yang* se encuentran sujetos a la ley de las mutaciones, recogidas en el *I-ching —Libro de las transformaciones—,* que ya vimos atribuido a la escuela de Confucio. Con arreglo a esta ley, en ocasiones el *Yin* y el *Yang* intercambian sus principios de acción; es así como en otoño e invierno el *Yang* a veces se cambia en *Yin,* y en primavera y verano el *Yin* se hace *Yang.* Esta alternancia eterna crea el ritmo del cosmos.

Un grupo de pensadores políticos va a propugnar métodos de gobierno muy alejados del idealismo filosófico de confucionistas y taoístas, que pretendían alcanzar la moralidad pública y privada del hombre partiendo de la convicción y de su bondad natural. Pero, en medio de aquel caos feudal se imponía la búsqueda de soluciones drásticas, tan necesarias como impopulares: las implantarían los legistas. Esta escuela de las leyes, Fa-chi, encontrará solución a los problemas de corrupción, ambiciones de las clases nobles y egoísmos de las populares, aplicando con implacable rigor la ley y la fuerza del Estado, al que devolvieron toda su autoridad.

Ante la eficacia de la nueva escuela iría perdiendo adeptos el resto de las escuelas filosóficas. Pero la reforma hubo de recorrer un camino espinoso, porque chocaba frontalmente no sólo con el prestigio de las escuelas tradicionales de filosofía, sino con la esencia misma del ser chino. Aparte de que el vicio y la corrupción envolvían a todas las cla-

---

Yü Huang Shang-ti, emperador Perla, dios supremo del panteón taoísta. Pintura religiosa china, siglo XIX, Museo Oriental de Valladolid



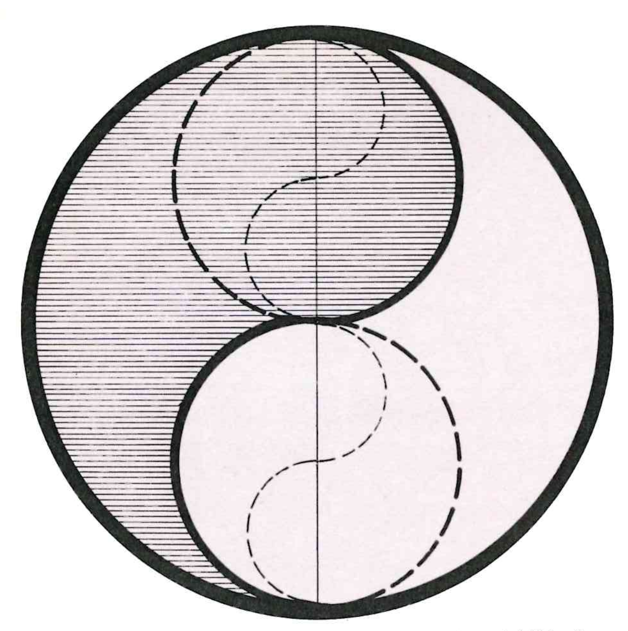


Diagrama tomado del T'ai Ki t'u-chuo, *obra del filósofo Tcheu Tuen-yi (1017-1073), en el que trata de explicar la interacción del Yin y el Yang en la creación de todas las cosas reales. El* T'ai Ki —Techo Supremo— *se inspira en los gráficos cósmicos y dibujos mágicos de los taoístas (plumilla de J. Montenegro)*

ses sociales chinas, y las ambiciones se extendían a todos los príncipes de la confederación de Estados feudales.

Así pues, el punto de partida de esta auténticamente nueva concepción del Estado es la fuerza de la ley, que debe corregir y obligar a príncipes, nobles y vasallos con normas fijas e indiscutibles emanadas del poder. Constituían los legistas un grupo de eruditos que defendían los poderes del Estado y de la administración como factor esencial de orden. Naturalmente, tenían en cuenta la realidad cambiante, y fueron propugnando sucesivas actualizaciones de las normas; aparte de la experiencia que la aplicación de las leyes exigía. Pero, en todo caso, en general, la necesidad de la ley se fue imponiendo en la conciencia de todos los Estados del pueblo chino. Así ya vemos que un escritor de la escuela de Confucio, Hsun Tzu —Xun Zi— advierte de la necesidad de buscar la cooperación de la educación con las leyes y dice. *Por eso, la influencia civilizadora de los educadores y de las leyes, la orientación por el rito y la justicia siguen siendo absolutamente necesarios.*

Ya de antiguo se inició la actividad de los legisladores. Algún Estado publicó su código en 535 a. C., y otro lo hizo en 512. Grababan las leyes sobre la superficie de calderas, y los pensadores tradicionalistas auguraban recelosos que la fundición de estas calderas acarrearía los peores males. El Estado semibárbaro de Ch'in —Qin— sobre el río Wei —que se había hecho rico y poderoso, y ensanchado sus fronteras, en la lucha contra los Estados bárbaros circundantes por el norte y el oeste— alcanzaría el dominio de toda China a mediados del siglo III a. C. Lo lograría gracias también a la fortaleza administrativa que a su estructura estatal le diera la puesta en práctica del código de los legistas. En el siglo III, *Han Fei-tzu* es el más completo recopilador de leyes emanadas de aquella escuela.

Finalmente interesa anotar —siquiera sistemáticamente— los principios básicos que inspiraron a los legistas son: 1. El buen gobierno tiende a moderar las pasiones. 2. El orden social se logra mediante castigos y recompensas. 3. La Ley es impuesta por el rey a todos los demás. 4. Los vínculos familiares deben suplantarse por relaciones contractuales. 5. Las leyes no son inmutables; deben cambiarse cuando se muestran ineficaces o nefastas. De ahí, por ejemplo, que las leyes atribuidas a los antiguos reyes míticos deban ser abolidas cuando se demuestren inadecuadas a las necesidades del momento. De ahí también, el carácter de permanente transformación y adaptación que muestra el ámbito legal a lo largo de la historia de China.

Bibliografía

Bai, Shouyi y otros, *Breve historia de China*. Beijing, 1984. Chesneaux, J., *Historia de China*. Barcelona, 1972. Confucio, *Los cuatro libros clásicos*. Trad. Oriol Fina. Barcelona, Bruguera, 1978. Id., *I Ching*. Barcelona. Barral, 1973. Id. y Mencio, *Los cuatro libros*. Trad. J. Pérez Arroyo. Madrid. Alfaguara, 1981: *El Chu-king, el Ta-Hio, el Lun-Yu, el Tchung-Yung, el Meng-Tsu*. Trad. J. Bergua. Madrid, 1969. Cotterell, A., *China, a Cultural History*. New York, 1988. Demieville, P., *Anthologie de la poésie chinoise classique*. Paris, 1962. García Ormaechea, C., *Las claves del arte oriental*. Barcelona. Ariel, 1988. Goepper, Roger y otros, *La antigua China*. Barcelona. Plaza Janés, 1988. Grousset, R., *Historia del arte y la civilización china*. Barcelona, 1986. Kim,. S. H. *La antigua China*. Historias del Viejo Mundo 17, Madrid. Historia 16, 1989. Lao Zi, *El libro de Tao*. Madrid. Alfaguara, 1986. Legge, J., *Chinese Classics*. 5 vols. Oxford, 1960. Montenegro, A., *Historia de la China antigua*. Madrid. Istmo, 1974. Naoki, G., *Historia de la filosofía china*. Seúl, 1986. Roger J., *El pensamiento filosófico de Asia*. Madrid, 1966. Shimizu, Ch., *El arte chino*. Barcelona. Paidós, 1987.

Cronología

Años	Dinastía	Tierras chinas sinizadas	Materia del utillaje	Hechos políticos y culturales
2274-2205	**Reyes míticos:** Huang-ti Chuan-tsü Q'u Yao Shun	Valle del Huangho y su afluente el Wei	Piedra.	Canalización de las aguas. Sedentarización y urbanismo. Desbroce de la selva y domesticación de animales. Ampliación de las especies de cultivo. Propiedad comunal de la tierra. Cultivo del gusano de seda.
2205-1523	**Hsia:** Yü y otros 16 reyes			
1523-1028	**Shang-Yin**	Cuenca del Huangho. Capital: Anyang.	Bronce.	Uso del caballo y el carro de guerra. Explotación de minerales: aparición de la metalurgia. Estructuración social; Rey, cortesanos (administradores y jefes del ejército), pueblo urbano y pueblo campesino. Sigue propiedad comunal de la tierra. Conocen escritura desde 1400 a. C.
1028-221	**Chou occidentales** (1028-771)	Cuencas del Huangho y Yangtse. Capital: Xianyang	Bronce.	Institución de los principales vasallos al frente de las provincias. Propiedad privada de la tierra. Se generaliza el comercio y la industria artesana.
	Chou orientales (771-484)	Cuencas del Huangho y Yangtse. Capital: Luoyang.	Desde el siglo VII se extrae y se funde hierro.	Los príncipes locales se hacen más fuertes y aparecen los *Hegemones*, que usurpan sucesivamente la autoridad real. Los Estados Feudales se enriquecen y amplían mediante la lucha con los bárbaros limítrofes. Confucionismo, Laoismo, Legistas, Ying-Yang.
	Chou orientales. Período Reinos Combatientes (484-221)	Cuencas del Huangho y Yangzi. Capital: Luoyang.	Hierro.	Lucha de los Hegemones entre sí para aumentar su riqueza y prestigio. Aparición del latifundio y la esclavitud. Luchas de los Estados por la unidad en la etapa final (siglo III a. C.)
221-206	**Ch'in Shih Huang-ti**	Cuencas del Huangho, Yangzi y Sinkiang.		Une lienzos de la Gran Muralla. Apogeo del comercio y de la industria artesana. Unificación de la administración.
206 A. C.	**Han**	China y sur de Mongolia, incluida la cuenca del río Tarim.		